



ACOMPañAR TAMBIÉN  
EN LAS HERIDAS.  
ACOMPañAR,  
DISCERNIR E INTEGRAR

José María Rodríguez Olaizola, SJ.  
Sociólogo y Escritor

CURSO DE FORMACIÓN PARA SACERDOTES  
*Acompañamiento y Práctica del Discernimiento*

17 de marzo de 2017

## ACOMPañAR TAMBIÉN EN LAS HERIDAS.

### ACOMPañAR, DISCERNIR E INTEGRAR

---

Cuando me propusieron preparar esto, de entrada todo lo que tenía eran unas prevenciones; la primera nacida de pensar qué voy a decir yo después de que hablen Julio Martínez, Rufino, que van a ir tocando los temas de alguna manera de fondo. Aprovecho y me presento un poco más: soy de Oviedo, llevo 15 años en Valladolid y mi dedicación principal no es ni la enseñanza, ni mucho menos me siento una persona académica para hablar desde la solidez que algunos temas requieren en un cierto punto. Por otra parte, la experiencia de hablar de acompañar en situaciones de heridas en un contexto de sacerdotes, donde muchos llevan acompañando desde mucho antes de que yo empezase ni a darle una vuelta a todo esto, más bien el que tendría que escuchar es yo a ver qué lecturas hay.

¿Qué es entonces lo que yo puedo aportar? Siempre digo, cuando me invitan a hablar de algún tema, que es verdad que por la formación —en mi caso estudié Sociología y la verdad que me apasiona, y me interesa estar al día de las reflexiones que hay sobre la sociedad, también de los discursos que hay en la cultura y en el mundo que nos rodea—, yo creo que lo que puedo intentar aportar, y eso es lo que voy a intentar compartir esta mañana, es poner un cierto orden en cosas que todos pensamos de vez en cuando. Seguro que muchas de las cosas que voy a decir vais a pensar “es verdad, esto me lo encuentro todos los días, yo le he dado vueltas...” Lo que yo puedo ofrecer es, como digo, una cierta estructura. En ese sentido yo me digo que no quiero ofrecer una reflexión cerrada, no es decir “yo voy a decir lo que se puede decir sobre acompañar en las heridas”, sería un pretencioso si quisiera hacer esto, dejaré mucho más sin decir que lo que se puede decir. Y probablemente, en muchas cosas lo que voy a compartir son también inseguridades; ¿cómo acertar?, pues no es fácil, estamos hablando de las heridas, además en lo más delicado. En ese sentido lo que yo quisiera proponer es comenzar una reflexión, que después cada uno la pueda continuar e incluso compartir, que ojalá sirva para esto.

Como dije, yo trabajo en Valladolid desde hace 15 años. Cuando terminé la formación me destinaron a Valladolid y allí he estado, primero daba clases de economía en el colegio y después pasé un poco primero a escribir y después, a medida que iba creciendo todo este mundo de internet y las nuevas tecnologías, como con algún otro compañero veíamos que era un campo donde había que estar porque es donde está

mucha gente que no se va a acercar a una Iglesia, que no se va a acercar a veces a una búsqueda explícita religiosa y, sin embargo, puede resultar receptiva a mensajes evangélico, allí empezamos. Trabajo sobre todo en una pequeña oficina donde nos dedicamos a hacer páginas web y a llevar algunos proyectos concretos de evangelización digital, quizá conocéis Rezando Voy, que es un poco de alguna manera el que más ha calado. Ahora tengo la suerte, también el privilegio y la responsabilidad, de que paso bastante tiempo de un lado para otro compartiendo algunas reflexiones al hilo de los libros.

En medio de estos 15 años lo que sí ha sido muy constante es el mantener una tarea o una presencia pastoral allí en Valladolid acompañando a bastante gente. Al principio era gente joven, pero como uno se va haciendo mayor con la gente que acompañas, pues también te va tocando que mucha de esa gente joven sigue y va pasando por la vida con sus dificultades, y a lo mejor al que hace 10 años tuviste el privilegio de acompañarles en su matrimonio, ahora estás acompañando una crisis tremenda. Estas cosas, que os ocurrirán en muchos lugares y de muchas maneras. Desde ahí, muchas de las reflexiones nacen también de eso, de la búsqueda de respuestas.

Antes de comenzar, aseguro –no es que lo dude–, aseguro que no tengo respuestas para todo, no sé si alguien las tiene pero yo no. En ese sentido en muchas cosas, como todos, voy buscando. Las heridas son un campo minado, hablar de las heridas es un campo minado porque son tan subjetivas, que ver lo que a una persona le llegue primero requiere tratar de entender qué le está pasando, porque no a todos nos hieren las mismas cosas ni de la misma manera. Yo diría que si hubiera un manual o una forma clara de acompañar las heridas, entonces no haría falta discernimiento, haría falta saberse el manual, pero la realidad es que muchas veces las situaciones concretas, personales, particulares, desbordan la casuística. Nos adentramos en un terreno muy delicado, cuando hablamos de las heridas en el mundo de las relaciones, en el mundo de la familia, y más en concreto en el mundo de la pareja, es el mundo de las inseguridades, del amor más vulnerable, de los proyectos que se tambalean, de las expectativas que no han llegado a cumplirse, muchísimas cosas que luego a cada persona hay que darle tiempo a contarlas.

Voy a intentar dividir la reflexión en dos partes. Es como una charla, no son dos charlas, es una larga charla dividida por un descanso y también diría que con algún momento en el que podamos dialogar, si surgen algunos ecos o algunas cuestiones. En la primera, y va a ser un poco en lo que me voy a centrar ahora, voy a centrarme en la primera parte de lo que se me ha pedido: acompañar las heridas, y después entraremos ya en lo que es discernir e integrar, que son como dos pasos más adelante.

Me gustaría empezar hablando de qué significa acompañar. No lo sé, a lo mejor esto es subjetivo, es opinable, pero precisamente por eso también hay que hacer una reflexión sobre esto, y me gustaría empezar por imágenes equivocadas del acompañamiento. Qué acompañamiento no se espera, no sé si se espera, pero si se espera de nosotros habría que desmontar eso, porque no es el acompañamiento que deberíamos tener que dar, sobre todo en estos temas, en estas cuestiones. Voy a utilizar tres imágenes que me parece habría que evitar del acompañante.

La primera sería la del oráculo. En la antigüedad iban a consultar al oráculo, a ver qué respuesta le daba. Si alguno sois aficionados a las series o a las películas, al cine –yo soy muy aficionado, a veces mis compañeros me dicen que a ver si cito algún libro más y alguna película menos–, ahora mismo hay muchas series o hay algunas series, sobre todo ambientadas en la Edad Media, en la Antigüedad, que aparece mucho esta figura del oráculo. Hay una serie un poco violenta que se llama “Vikingos” en la que constantemente están yendo al oráculo, y el oráculo les da respuestas, a veces crípticas, a veces definitivas, a veces verdaderas... Es el que tiene las respuestas, porque él ve de manera diferente, a él van a consultarle. Yo diría que tanto el oráculo en todas sus dimensiones como el que sabe más o el que directamente es un juez que tiene que dictar una sentencia, cualquier cosa de estas, es una imagen muy peligrosa y, ojo, porque hay veces que se va a acercar la gente a nosotros con eso. Yo por lo menos la experiencia que tengo es esta, hay gente que se acerca pidiéndote que le soluciones las decisiones que tiene que tomar, que le digas “¿qué hago, padre, qué hago?”. Yo personalmente creo que acompañar para discernir e integrar empieza por responder “la decisión la vas a tener que tomar tú”, o “las decisiones las vais a tener que tomar vosotros” en el caso de la pareja, sobre cuando si viene una pareja buscando ayuda. Por lo tanto, primera imagen que hay que evitar: el oráculo, el gurú, el que se las sabe todas. Muchas veces más bien vamos a compartir una búsqueda

Creo que en este punto tampoco vale exactamente la imagen del mediador, que utilizamos, por ejemplo en lo sacramental. En lo sacramental somos mediadores de alguna manera ordenados y la mediación te pone en un plano distinto. Sobre todo cuando eres mediador digamos que por la ordenación, por el rol, la sacramentalidad y todo lo que hay ahí, somos mediadores, estamos entre Dios y las personas en un punto intermedio, como haciendo de puente de alguna cosa. En el acompañamiento no es así, si fuera así solamente el ministro ordenado podría acompañar ciertas cosas y en realidad el acompañamiento lo puede hacer cualquier persona, de maneras diferentes y con acentos distintos.

Si no estamos en el medio, ¿dónde estamos? Yo diría que estamos en el mismo lugar donde están las personas; nosotros también somos gente que tenemos heridas, que tenemos los pies en la tierra, que tropezamos con las mismas fragilidades humanas, con las mismas debilidades, con las mismas inseguridades, con el mismo no saber. Yo diría –y creo que hay que ser muy humildes diciéndolo– por mucho que confiemos en la oración, por mucho que confiemos en la acción del Espíritu, por mucho que confiemos en estas cosas, honestamente cada uno de nosotros podemos decir con verdad que también nosotros podemos equivocarnos. Precisamente por eso decimos que en estos temas hay que ser tremendamente delicado, porque aquí no estamos protegidos de a veces a lo mejor guiar a las personas desde nuestras propias inconsistencias. Por eso yo diría que una actitud fundamental a la hora de acompañar las vidas y a las personas, es la humildad. El decir “no estoy aquí desde otro escalón diferente”.

Por último una tercera imagen sería el término del “cuñado”, justo sería lo contrario, el extremo contrario sería decir: “como en este sentido no estoy con una gracia especial, con una mediación especial, en el fondo vienen a mí porque soy un colega”. Pues no, tampoco es eso, ¿por qué se acercan a buscar acompañamiento muchas veces a nosotros y no se lo piden a su cuñado, a su hermano, a su amigo, a su compañero de la oficina o del trabajo? Muchas veces se acercan porque esperan una palabra de alguien que para ellos es una persona de Iglesia, y en cuanto persona de Iglesia no vienen a preguntarte tu opinión, vienen a preguntarte desde la fe, desde su búsqueda, desde su inquietud, desde su deseo de pertenecer a la comunidad, desde muchas cosas, “¿ahora qué hago con esto que me está ocurriendo?”

En ese sentido creo que es verdad que esperan de nosotros sentido común, por supuesto. Esperan de nosotros comprensión, por supuesto. Esperan de nosotros humanidad, claridad, tranquilidad, cariño, un montón de cosas, pero también esperan una palabra que tiene que ver con la fe, esperan una palabra que les diga “¿qué hago yo como creyente con esto?”. Además no sé cuál es vuestra experiencia, pero la mía es que el que no hace problema de las cosas de fe, no se acerca a acompañar las heridas; te lo comunica, te lo dice como mucho o te da la decisión tomada. Es la gente que a veces viene porque “estamos pasando una crisis, necesito ayuda, y porque mi fe me implica...”. Heridas hay muchas dentro de la pareja, no es sólo la separación o las crisis. Yo pondría esa cuestión, cuando alguien viene buscando apoyo es porque siente que necesita una palabra que le dé un punto de esperanza desde la fe.

Tres imágenes entonces que hay que desechar:

- El oráculo, que se las sabe todas.
- El mediador, que mágicamente va a dar con una respuesta porque tiene más gracia que los demás.
- El cuñado, que sencillamente lo que va a hacer es ser un cura “majete” que además me entiende muy bien.

Ninguna de las tres cosas debería ser.

¿Qué imágenes pueden ilustrarnos? Yo he estado dándole bastantes vueltas, voy a proponer tres pero voy a citar alguna más un poco de pasada. Me gustan tres imágenes evangélicas que creo que definen muy bien la tarea del acompañamiento, o que pueden a ayudar a definir bien la tarea del acompañamiento.

Sabiendo, primero, que el acompañamiento es un seguimiento que dura en el tiempo. En el acompañar la imagen es el camino. No es que te cruzas con alguien en el camino, te paras, hablas y sigues caminando, eso sería un encuentro. El acompañamiento, la imagen de acompañar es que caminas un trecho del camino con la gente. Es verdad que a la gente que viene a veces en situaciones herida o lo que sea, no es que vaya a acompañarse contigo toda la vida. A veces una vez que se ha solucionado la situación, o que ha reventado, o lo que sea, sencillamente se va alejando o ya no necesita esta presencia tan constante; pero durante el tiempo que dura la búsqueda, sí que va a pedir que estés ahí. La reflexión que voy a hacer no es desde un acompañamiento puntual no es de una vez me encuentro con una persona y hablo con ella y la ayudo a poner un poco de luz, aunque a veces eso es todo lo que tenemos, a veces eso va a ser todo lo que tenemos, pero creo que eso en la medida de lo posible si ayuda a poner algo de luz en el horizonte de la persona, fenomenal, pero lo ideal es cuando viene buscando lo primero que hay que decirle es “tómate tu tiempo”.

Enmarco esto de las tres imágenes: samaritanos, creyentes y testigos. Lo voy a enmarcar con una imagen que yo suelo citar cuando me invitan a dar alguna charla sobre la búsqueda de Dios o sobre algunas cosas así. Yo digo que la imagen del buscador de Dios es probablemente una imagen tremendamente contemporánea; en otras épocas ha habido otras imágenes muy contemporáneas: la distinción entre el creyente y el hereje, en una época era esto, el cruzado, una militancia muy radical. Hoy en día la idea de la búsqueda, la gente está preguntando “¿dónde está Dios, dónde está Dios en este mundo?”, y nosotros a veces lo que tenemos que decir es “mira, no sé si te puedo dar la respuesta, pero te puedo acompañar en la búsqueda porque yo también estoy buscándolo constantemente: en la Palabra, en la celebración, en la vida, en un montón de cosas”.

Voy a contar bastantes anécdotas, muchas de ellas las utilizo en el acompañamiento también hablando, cuando surge y cuando hay una oportunidad, porque a la gente le clarifica a veces mucho esto. Hay tres imágenes que creo que por el grupo que estamos aquí seguro que forman parte, por lo menos, de la memoria cultural o cinematográfica, o mediática de casi todos nosotros.

Siempre que tengo la ocasión digo: mira, tú en el proceso que vamos a empezar acuérdate de tres cosas. Primero, acuérdate de Indiana Jones; Indiana Jones es un buscador, pero siempre está buscando algo: el arca perdida, un tótem de no sé qué, la ciudad de cristal... lo que sea, busca algo, y esto es lo primero que hay que decirle a la gente: estás buscando algo, tienes que clarificar qué estás buscando. ¿Estás buscando solucionar, sanar esta herida? ¿Estás buscando una justificación para tirar por la calle del medio? ¿Qué estás buscando? Es importante hacer esa pregunta.

Lo segundo que les cito, no sé si alguno de vosotros os acordáis de la serie Fama. Cuando yo era adolescente estaba muy de moda la serie Fama, y la serie empezaba con unas palabras que por lo menos a la gente de mi generación se nos grabaron todas, y era cuando aquella profesora daba con el martillo en el suelo durante los títulos de crédito y les iba diciendo “*Tenéis sueños, buscáis la fama, pero la fama cuesta, y aquí es donde vais a empezar a pagar con sudor*”. Esa imagen “buscáis la fama, pero hay que pagar por ella”; es decir, las búsquedas requieren esfuerzo y esto también hay que decírselo a la gente, sobre todo cuando estamos en este mundo de las heridas, de las personas, de la inseguridad personal, de todas estas cosas. Yo creo que es muy importante transmitirle a la gente el decirle: ojo, tienes que implicarte, esto no puede ser una cosa tangencial que la vayas a resolver entre huecos de una agenda sobrecargada; si quieres de verdad afrontar estas heridas primero tienes que dedicarles tiempo. Esto es lo segundo que hay que decir de esta búsqueda.

También me gusta mucho la literatura de ciencia ficción porque me parece que muchas veces describen tendencias de la sociedad y lo curioso es como, utilizando escenarios y contextos muy distintos, pero en el fondo están hablando del ser humano, la buena ciencia ficción hace esto. Siempre me acuerdo mucho del principio de una novela que a mí me fascinó que se llama “Maestro Cantor”. Es una novela de ciencia ficción que el principio no puede ser más psicodélico, y es que en las galaxias y el universo hay un planeta que es la casa del canto, un planeta en el que está la casa del canto. A ese planeta llevan a los mejores cantores, a los que tienen las mejores voces del mundo para educarlos, porque dicen que alguien que tenga un pájaro cantor seguramente es alguien que puede aprender a escuchar de verdad y eso le puede ayudar. Entonces tienen una única norma: sólo se le da un pájaro cantor a alguien que

de verdad lo merezca, no a cualquiera que lo pida, no al que lo quiera comprar, no al que lo quiera pagar, sólo a alguien que lo merezca. Entonces empieza la novela con que llega el emperador de todo ese universo a ese planeta y aterriza, están los dos de la casa del canto hablando y dicen “qué hacemos, le vamos a tener que decir que no, porque es un sanguinario, es un salvaje, es un violento, y seguro que viene porque quiere un pájaro cantor, pero le vamos a tener que decir que no. Va a arrasar con la casa de canto”, “Pues que arrase, porque nosotros tenemos que ser fieles”.

Y sin embargo llega y efectivamente les dice “quiero un pájaro cantor”, y le hacen la pregunta que le hacen a todo el mundo: “¿y por qué quiere un pájaro cantor?”, y entonces este hombre rompe a llorar desconsolado y les cuenta “es que una vez oí la voz de un pájaro cantor y entendí que el poder puede ser otra cosa, y el poder puede servir para la paz y no para la guerra”. Entonces los otros se miran y dicen que para su sorpresa este hombre merece un pájaro cantor, ahora su problema es que van a decir que se lo dan porque es poderoso, pero tienen que ser justos también, hay que dárselo. Entonces le dicen que van a buscar el pájaro cantor para él, y buena parte de la novela pasa por la búsqueda de ese pájaro cantor. Cada vez que el emperador manda un emisario preguntando “¿ya está?”, el mensaje que recibe una y otra vez –y es por lo que cito este ejemplo– es: “sabemos cuándo empiezan las búsquedas pero no sabemos cuándo terminan”. Él cada vez está más insistente, más nervioso, “es que han pasado seis meses, es que ha pasado un año, es que ha pasado tres años y no termino de tener mi pájaro cantor”, y la respuesta siempre es “sabemos cuándo empiezan las búsquedas pero no sabemos cuándo terminan”.

Estas tres imágenes de la búsqueda creo que son muy interesantes pensando en que cuando vamos a ver a alguien hay que decirle estas tres cosas:

- Primero, ¿qué estás buscando, una solución o una excusa? ¿Qué estás buscando, una búsqueda con otros o una búsqueda sol
- Hay que decirle que las búsquedas cuestan y que hay que dedicarle esfuerzo, esto no es mágico, no sale solo, sino que tienes que ponerte un poco de verdad como dispuesto, como la profesora de Fama: a buscar, a tener sueños y todo lo que haya.
- Y sabemos cuándo empiezan las búsquedas pero no sabemos cuándo acaban. Es verdad que hay ciertos temas que no se pueden eternizar, no puedes estar en una crisis vital, familiar, perpetua. “Llevo 10 años que esto es un infierno”, bueno, pues a lo mejor hay que empezar a pensar que hay que terminar la búsqueda de alguna manera. Pero lo que sí es decir: que vengas a hablar conmigo hoy no quiere



decir que la semana que viene haya que haber encontrado una respuesta, porque las cosas requieren su tiempo.

Dicho esto, tres imágenes que nos pueden ayudar en esa búsqueda, tres imágenes del acompañante de nuevo, de lo que somos nosotros.

La primera es la imagen de los **Samaritanos**. Creo que en el acompañamiento se nos invita especialmente a ser samaritanos. Yo no voy a citar mucho la *Amoris Laetitia*, pero hay infinidad de párrafos, de textos, donde se habla de esto: la compasión tiene que guiar nuestra manera de afrontar un montón de problemas. ¿Cuál es la prioridad del samaritano?, el herido; la prioridad no es el templo, no es la ley, es entenderle en el dolor y ayudarle a sanar, y creo que hay un punto de compasión, de misericordia, de atención a la situación de la persona herida, de ver su vulnerabilidad, de ver su dolor, que se debe convertir en prioritario.

Hace poco leí un estudio sobre el tiempo, que hicieron en una universidad americana, sobre cómo medimos el tiempo, esto a mí en un contexto como este de sacerdotes me encanta contarle porque yo mismo dije “cuánta verdad”. Un estudioso sobre el tiempo que se llama Zimbardo hizo un experimento para ver cómo influye el tiempo en las actitudes. El estudio era junto a un grupo de seminaristas de una facultad de Teología, les dijeron –ahí estaba la trampa, el cebo– que les iban a dar un curso de Oratoria, les fueron dando unas semanas sobre cómo predicar, sobre cómo hablar, sobre cómo desarrollar un sermón... Llegado un punto les dijeron que la última prueba era preparar un sermón sobre la parábola del buen samaritano. Les dieron un tiempo de una semana y al cabo de la semana citaron a cada uno por separado, les citaban –la trampa era esta– en un edificio en un extremo del campus de la Universidad, y les decían que el examen iba a tener un formato, iba a ser con un tribunal, e iba a ser y les decían un aula que estaba en el otro extremo del campus. A la mitad de ellos les decían que tenían que estar allí en 10 minutos y a la otra mitad les decían que tenían 3 horas, y a todos en la mitad del camino les ponían una persona en situación de clara necesidad pidiendo ayuda. ¿Qué se encontraron de estos seminaristas?, entendemos que como seminaristas pues gente de buen corazón, de entrada gente que quiere vivir el Evangelio, que tenían fresco lo del buen samaritano porque iban a predicar sobre ello. Se encontraron que los que tenían 10 minutos pasaron de largo la mayoría, y los que tenían 3 horas se pararon la mayoría. Luego el problema no es el egoísmo, es el tiempo.

Es un dato bien interesante, porque ser samaritano requiere la disposición para dedicar tiempo a las personas, y eso a veces es un bien muy escaso. Creo que esto es una de

las cosas que tenemos que preguntarnos: si podemos dedicarle tiempo de calidad a las personas heridas que vienen, o si podemos convertirlas en prioridad, que este es el tema del samaritano, porque si no estamos como perdidos. Hay un acompañamiento que no se puede despachar como “venga, que viene otro después”, y ese es un problema de nuestra era, de nuestro contexto, y yo imagino que andamos todos parecido. A veces te sientes como un malabarista con siete encargos a la vez, encima tendiendo que atender a las personas.

Una lectura bien interesante del buen samaritano es que el problema no es el egoísmo, sino el tiempo y las prioridades. En ese sentido acompañar requiere no sólo que la gente esté dispuesta a echarle tiempo, sino que nosotros podamos tenerlo para gastar el tiempo con la gente.

Una segunda imagen. A esta le he dado bastantes vueltas cuál podría ser. Digo la de **Creyentes**. La gente viene buscando una palabra de fe, viene a nosotros muchas veces porque entiende que como sacerdotes, como gente de Iglesia, como gente que tiene una preparación, esperan un suelo sobre el que poder construir. Ahora bien, creo que cuando digo que tenemos que compartir que somos creyentes, lo que quiero decir que muchas veces no tenemos que caer en venderles una certidumbre de todo que no tenemos. Cuando yo era novicio e iba a Oviedo de vez en cuando y estaba con mis amigos, en aquellos años –yo entré con 18 años en la Compañía, todo intrépido, todo audaz, todo convicción– venían mis amigos y me preguntaban, entonces yo todo era pasión y fuego, convencer, y me decían alguna vez “qué suerte tú que lo tienes todo claro”, y yo encantado, “qué suerte yo que lo tengo todo claro”, convencido de que les estaba ayudando con mi testimonio de una fe radical y profunda. ¿Qué he ido aprendiendo con los años?, con los años he ido aprendiendo primero que no lo tenía todo claro, me he ido dando cuenta, no lo tengo claro ahora y me moriré sin tenerlo todo claro, como cada uno de nosotros. Fue muy liberador cuando le hicieron el primer libro de entrevistas al Papa Benedicto, Peter Seewald en un momento le pregunta “*Santidad, ¿los Papas dudan?*”, y él contestó “*Este Papa sí?*”; está muy bien, yo dije “menos mal”, porque uno también duda mucho, de muchas cosas.

La gente nos necesita creyentes, necesita que compartamos con ellos que también hay veces en las cuales estamos en la misma búsqueda que ellos, que nosotros también estamos tratando de acertar, que no tenemos todas las respuestas. Cuando viene alguien y nos dice “¿dígame qué hago?”, hay que decir que tenemos que buscar juntos la respuesta, estamos en el mismo punto, estamos mirando en la misma dirección juntos. A lo mejor cada uno con un equipaje distinto, tú vienes con tus heridas y yo con la formación, con la experiencia, con lo que sea. Compartir a veces nuestras

incertidumbres, nuestra perplejidad, nuestra búsqueda, esto es importante. “Creyentes” es ser capaz de compartir las tensiones que forman parte de cualquier búsqueda de fe. Ojo con el “qué suerte tú que lo tienes todo claro”, ojo con ese tenerlo todo claro que al final no ayuda, sino que más bien se convierte en una apisonadora que no deja espacio para la verdadera búsqueda.

Por último, somos **Testigos**, contamos algo que nos ha pasado. Muchas veces la gente dice –y lo habréis oído, lo habréis experimentado y os lo habrán pintado en las paredes de las iglesias–, y en las redes sociales aparece cada poco el “pero ¿qué van a decir los curas del matrimonio?, ellos que no saben nada, ¿quiénes son ellos para hablar de estas cosas?” A veces lo dice gente que es antieclesial y que va a utilizar cualquier cosa para tirarnos ladrillazos, pero a veces también lo piensa gente de dentro, gente con la mejor de las intenciones, gente de toda confianza que te dice “pero qué vais a decir vosotros de la vida en pareja, qué vais a decir vosotros de las dificultades que eso implica”. Y ahí lo que hay que ayudar a transmitir que en el fondo, cuando estamos hablando de las heridas y de la fe, podemos hablar de esto porque también nosotros tenemos heridas, no las mismas probablemente, pero nos toda lidiar con las mismas inseguridades, con las mismas contradicciones, con la misma sociedad que se lleva por delante vocaciones, sueños, propósitos, proyectos, con las mismas tentaciones, con un montón de dinámicas que están ahí.

A lo mejor no sabemos lo que es la convivencia en pareja, pero sabemos lo que son las relaciones humanas. A lo mejor no sabemos lo que es la vacilación en el “para siempre” de un compromiso matrimonial, pero anda que no sabemos lo que es la vacilación en el “y esto en lo que me he embarcado ¿es para siempre?”, que con 20 años estás muy convencido, pero con 30, con 40, y cuando vas viendo compañeros que lo dejan, anda que no pasamos todos por momentos de estos. Cuando viene alguien con una crisis de que es que se ha enamorado, ¿te cuento cuántas veces he estado yo con el corazón queriendo tenerlo todo sin poder?

Hay una película –horrible por otra parte- que se llama “Priest”, que es sobre unos sacerdotes ingleses que cada uno es más atormentado y tiene unas situaciones más terribles. Hay un momento en el que tienen un diálogo un sacerdote más mayor con el cura joven y este le está diciendo que lo tiene que dejar porque se ha enamorado, y el mayor le dice: “mira, te vas a enamorar una vez cada 10 años en la vida, el tema no es ese, el tema es qué haces con eso, porque siempre va a haber alguien que por las circunstancias, por la debilidad del momento, por lo que sea, te haga sentir que tienes el corazón dividido. El tema es qué haces con eso. Si le das cancha, si te metes en esa doble vida pues tendrás un problema, pero hay que resistir”. Esto es lo que a la gente

hay que ayudarlo a entender. Nosotros muchas veces pues claro que pasamos por tormentas, pasamos por heridas, que nosotros también tenemos cicatrices.

Hay otra imagen que a mí me encanta, la cito porque yo creo que a veces estas imágenes se quedan mucho más en la retina que la teoría, pero llevan detrás una teoría, es una imagen que puede también llevar a entender esto del acompañar. No sé si sabéis quién es la actriz Silvia Abascal, es una actriz que tendrá 35 años o así. Desde los 15 o así estaba ya en las series de televisión, salía de vez en cuando, era una chica mona que iba despuntando, y cuando tenía 25 ó así ya por fin consiguió triunfar en el mundo este de la farándula, especialmente en el teatro aquí en Madrid, una actriz muy reconocida ya con sus premios, de primera fila. Un día que estaba en el camerino, antes de salir al teatro, le dio un ictus con 28 años más o menos, y desapareció de la escena, debió ser una cosa tremenda.

Volvió a aparecer hace un par de años, ya estaba recuperada, se la veía muy guapa, llena de vida, de fuerza, y tuvo varias entrevistas en las que hablaba de la enfermedad y de lo que había aprendido. Era muy interesante porque veías que efectivamente daba gusto pensar en lo que la enfermedad le había ayudado a madurar, le había enseñado. En lugar de volcarse sobre sí misma o convertirse en una persona vencida por las heridas, la veías y pensabas que ahí había una persona muchísimo más madura y sólida que antes. Recuerdo una parte que contó que decía que ella toda la vida había basado su vida, sus expectativas, su seguridad, en ser guapa porque en el mundo de las actrices, en este mundo de la imagen, se te exige mucho, que para ella ser guapa era un requisito, le daba seguridad y le daba muchas cosas. De golpe se veía con toda la cabeza afeitada y atravesada por cicatrices, habían tenido que hacerle un montón de operaciones, con el pecho atravesado de cicatrices, y que se sentía horrenda, se sentía insegura y no quería ni salir a la calle; y que buena parte de su sanación llegó gracias a que su pareja, en los momentos de intimidad, primero le fue insistiendo en que dejaran la luz encendida, que a él no le horrorizaba verla, al revés, y que dedicaba mucho tiempo a acariciar, a acompañar o a besar sus cicatrices. Entonces tardó en entender que él le decía que no la quería más porque fuese guapa, que la quería con sus cicatrices exactamente igual o más, que la quería a ella, a la persona que era.

¿Por qué digo esto?, porque yo creo que en el fondo acompañar también es acariciar cicatrices, acariciar heridas hasta que vayan cicatrizando. Pero para ello la primera escuela es reconocer que también nosotros somos gente herida, que también nosotros tenemos cicatrices, que también nosotros hemos peleado muchas veces y a veces hemos acertado y a veces hemos fallado. Esto es importante.

Entonces estas imágenes: lo que no debería ser el acompañamiento y lo que sí creo que debería ser. Somos más samaritanos, creyentes y testigos, que hablamos desde la vida. Pero el acompañamiento tiene dos polos claramente, tiene el polo de quien acompaña y el polo de quien es acompañado. Hasta ahora he estado hablando del acompañante, pero yo creo que es muy importante decir: mira, hay que descalzarse ante el terreno que pisas, que es la vida de las demás personas, que es ahí donde hay misterio, donde el Espíritu de Dios actúa, donde hay muchas cosas y ese es terreno tan sagrado que hay que dedicarle yo creo un tiempo a la contemplación.

Es decir, la actitud principal del acompañante es la escucha, por lo menos como actitud primera. Antes de empezar a dar recetas –si es que hubiera que dar recetas–, antes de empezar a hacer diagnósticos, antes de empezar a hacer muchas cosas, tienes que escuchar la historia de las personas, tienes que dejar que te la cuenten, tienes que –de alguna manera– salir a su encuentro. La idea de salir, es otra de esas ideas que a mí me parece que es muy gráfica. Se nos está diciendo constantemente, esto es uno de los temas que el Papa insiste mucho, que hay que ser una Iglesia en salida. El acompañamiento es una forma de salida, porque cabe entender el acompañamiento como una forma de estar: tú estás en tu sitio, viene la gente a tu sitio, les preguntas por las cosas que crees que le tienes que preguntar tú, que te interesan, y entra o no entra en el molde de lo que tú pensabas.

Creo que hay que salir, darle tiempo a escucha, zambúllete en su vida, en su día, en sus vivencias, y a veces deja que te descoloquen, porque a veces el mundo te descoloca. Porque la gente cuando te hablan desde las cosas que se viven hoy en día, todos tendréis la experiencia de decir “nos hemos vuelto locos todos”, pero ocurre y la gente da por sentado muchas cosas que las da por sentado y le parecen tan normales que tienes que partir de que le parecen normales, aunque para ti no lo sean, aunque digas, hombre, habría que ayudar por lo menos a que se cuestionen ciertas cosas. De entrada tú tienes que entender con quién estás hablando y desde dónde te está hablando, porque si no vamos a estar hablando un lenguaje muy distinto, un lenguaje muy diferente.

Cuando digo “acompañar las heridas”, que es la segunda frase de esta primera parte del enunciado que estamos haciendo hoy, ¿qué heridas? Hay muchas y salen muy a menudo. A veces nos vamos a encontrar con que ya no hay nada que acompañar, muchas veces la gente se acerca cuando las heridas ya están..., vienen a contarte un fracaso y lo único que te piden es que lo ratifiques o no, en el fondo no hay mucho que hacer. Acompañar las heridas es cuando la cosa está en marcha, y muchas veces

esa es la gente que viene a buscar acompañamiento, gente que está luchando por salir adelante.

En *Amoris Laetitia* se habla de algunas heridas que afectan sobre todo a las parejas, algunas: la soledad que se teme, la libertad y la confusión del compromiso con una atadura que impida el logro de aspiraciones personales, la dificultad para el encuentro (para la conversación y para el silencio), la cultura de lo provisorio, la indecisión y la inmadurez en el ámbito afectivo-sexual de las parejas, la falta de tiempo para el diálogo y la escucha del otro, la violencia y el sometimiento como parte de una intimidad mal entendida, la paternidad o maternidad egoísta o negada, las expectativas demasiado altas que se ven defraudadas en el encuentro con la realidad de las personas, el amor egoísta. Estas, entre otras, las cita *Amoris Laetitia*. Es verdad que *Amoris Laetitia* es muy universal, que quiere dirigirse a la Iglesia universal, y en cada contexto hay sus acentos en heridas concretas. A mí me gustaría como ordenar un poco algunas heridas contemporáneas que uno percibe con muchísima frecuencia y que afectan a muchísimas de las relaciones de las personas con las que normalmente tratamos. Heridas que, como diré, también nos pueden afectar a nosotros, en nuestra vocación, en nuestros contextos, y precisamente por eso podemos hablar de ellas, porque tienen que ver con dinámicas muy sociales. Las voy a agrupar en cuatro grandes series de heridas.

La primera es la **Herida de los Límites**, quererlo todo. La gente hoy en día en nuestra sociedad está bombardeada con un mensaje que les dice “se puede tenerlo todo”. Se pueden poner anuncios infinitos en televisión que para venderte un coche, para venderte un móvil, para venderte lo que sea, el mensaje que te están dando es “creemos que existen muchas vidas y se pueden vivir todas” –audi A4 Avant–. “Viaja a todas partes, pruebas todas las comidas, vive todas las cosas, experimenta otras historias”, esto es de una campaña de móviles de este verano. Esto viene desde los años 90, los primeros fueron Nike con “No Limits”, la campaña más exitosa de la publicidad de la historia fue el “No Limits” de Nike, la idea de “no existen límites”. Hay todo un lenguaje contemporáneo que bebe de esa idea. Luego Adidas lo copió y lo convirtió en “Imposible is Nothing”, no hay nada imposible.

Y luego el rollo bienintencionado, el discurso positivo, la mentalidad de que todo es un mundo muy agradable, lo ha convertido por ejemplo en decir que “todo es posible para quien lo busca”, y dices tú “no es verdad, hay muchas cosas que no son posibles aunque te empeñes, aunque lo busques”. Si tú convences a la gente que todo es posible para el que lo busca, cómo lidiar con fracaso. Si tú le dices a un niño “si te empeñas y consigues algo, vas a poder”, no es verdad. Ayer estuve hablando con un chaval que

está haciendo una posición que ha suspendido tres veces en el último examen, y buena parte de la presión que tiene es que dice “lo que ya no soporto es que en casa me están diciendo: venga que si lo peleas lo vas a conseguir, porque sé que es posible que no lo consiga, porque creo que no lo puedo hacer mejor”. Y tienes que darle la razón, a lo mejor llega un momento en que tienes que tirar la toalla, no te vas a seguir empeñando; entiendo que por parte de la familia le estén dando este otro mensaje, lo entiendo, todo es comprensible, que le motiven, pero lo que está detrás es esta idea de; ojo, porque sí hay límites, hay límites muy variados en la vida. Y buena parte de la trampa, de la tiranía, de la mentira que lleva a una herida muy fuerte en las relaciones es no asumir esto. Límites, mirad, el primero: sólo tenemos una vida, no existen muchas vidas y las podemos vivir todas, no, sólo tenemos una vida. Aceptar esto en un mundo que te está diciendo que tienes muchas vidas, es muy complicado. La crisis de los 40 para mucha gente es esto, querer vivir las vidas que no has vivido. Esto a mucha gente le pasa.

Hace unos días apareció en El País un artículo que se llamaba “¿50 años compartiendo la cama con la misma persona? ¿en serio?” y era un artículo como diciendo que esto del amor para siempre y del matrimonio para toda la vida, que ya no. Fijaros cómo empieza este artículo: “*En las últimas décadas el “hasta que la muerte nos separe” ha pasado de ser un romántico deseo a una especie de sentencia a cadena perpetua, capaz de desalentar al novio o a la novia más enamorado. Lo que antes eran 20 ó 30 años de matrimonio, con el aumento de la esperanza de la vida, ahora de 80,1 años entre los hombres y 85,6 en las mujeres, podrían convertirse en 50. En la actualidad los matrimonios duran en España una media de 16 años; un dato que revela que pocas parejas celebrarán las bodas de plata, muchos menos de oro, como sí lo hicieron la mayoría de nuestros padres. Y como nos casamos rodando la treintena –a los 33,2 años– antes de convertirnos en octogenarios, aún tendremos la oportunidad de disfrutar de 2 ó 3 matrimonios más*”. Con esto hay que lidiar, lo dice y se queda tan ancho, sin ningún tipo de cuestionamiento.

Para empezar, si quisiéramos desmontar la cantidad de mentiras o de falacias que se dan por supuesto aquí, hay muchísimas. Por ejemplo, hay una que está muy clara y es que aquí sólo hay dos edades: octogenario y el resto, hasta ser octogenario viviremos tres veces en el mismo ciclo, dice aquí. Esto es una mentira tremenda, no es la misma con 20 años, que con 30, que con 50, que con 60; pero lo que están dando aquí a entender es que a los 30 te casas, a los 45 te vuelves a casar y empiezas el ciclo, y vas viviendo innumerables vida. Cuando la realidad no es esa, la realidad es con 45 ya no eres la persona de con 30, con 60 no eres la misma y en el fondo tenemos una vida, y

ese es un límite que a mucha gente le cuesta aceptar, que tenemos una vida y en esa vida elegimos cosas.

Una de las páginas en las que he estado trabajando bastante en internet, que es Pastoral SJ, que es sobre reflexiones un poco de actualidad, el artículo más leído de los 15 años que llevamos de andadura, se titula “*Joven decídete, no se puede ser todo en la vida*”, porque es provocador. A mucha gente le molesta que le digan eso, lo que quieren es que les digas que pueden serlo todo, pueden vivirlo todo, pueden probarlo todo, pueden experimentarlo todo. Esto es una herida tremenda en las relaciones, la herida de los límites. El límite primero de “he elegido y al elegir he renunciado a muchas cosas”. Hay mucha gente que no quiere renunciar a nada y esto aparece en ciertos momentos, el decir “es que ahora me doy cuenta de todo lo que he dejado atrás”.

Hay límites personales, que este es otro elemento, que yo creo que hoy día tampoco se ayuda a las personas para esto. Vivimos en un mundo de tanta exigencia de perfección, en un mundo donde hay que estar demostrando siempre el lado tan amable de la vida, que al final las personas lo que tienen es un nivel de expectativa sobre los otros altísimo; y se casan a veces con una persona ideal, pero no están preparados para dar el paso a descubrirle después en ropa de andar por casa, y a descubrir sus límites y a descubrir sus manías y sus incapacidades. Una parte enorme de ayudar a afrontar las heridas es ayudar a aceptar los límites, todos lo tenemos.

Dice una cita de Gógol: “*si me quieres, el que me quiera que me quiera con mis defectos, que por mis virtudes me quiere cualquiera*”. Esto hay que decírselo a la gente. Yo creo que una relación que dura es la relación que es capaz de dar este paso, de aceptar los límites del otro. Nos pasa a nosotros también. Tú entras en el noviciado convencido de que vamos a ser todos héroes, todos gente muy buena, respondemos al Evangelio, a la llamada de Dios y tal, y luego empiezas a descubrir que no sé quién tal, y no sé quién no sé cuántos, y tú mismo tal... y dices “santo, santo, pero no tanto”. Aceptar esto es liberador, descubrir los límites.

Yo recuerdo a mi maestro de novicios, una de las cosas que me ayudó fue justamente esto, a decir: “mira, olvídate ya de la mentalidad de campamento, en la que todo el mundo se lleva bien; pues no, con gente te vas a llevar bien y con gente te vas a llevar mal, porque esto es humano, este es el carácter de las personas. Lo que tienes que hacer es aceptar a todos, aprender a resolver los conflictos cuando los haya, pero no tengas miedo de que los haya, porque tú tampoco eres perfecto, a ti también es difícil aguantarte a veces”.



Entonces hay toda una parte que es esta, la herida de los límites. La gente sin embargo como que de golpe pone unas expectativas tremendas en los demás y tiene miedo de cerrarse puertas, ese límite de la vida.

La segunda herida es la **Herida de la Felicidad**. Lo importante en la vida es ser feliz. Esto es verdad, lo podemos entender, lo podemos aceptar, pero ¿qué significa ser feliz?, porque lo que respondamos es muy distinto. El Evangelio es una propuesta de felicidad, la Bienaventuranza es una propuesta de felicidad. Pero cuando alguien dice “es que yo me he casado para ser feliz”, entonces le dices “¿qué es lo que tú entiendes por felicidad?”

¿Qué es lo que entiende mucha gente por felicidad? Bienestar, alegría, júbilo constante, disfrutar mucho, pasarlo bien. Esto es lo que entiende muchas veces la gente por felicidad, y le parece que el reverso de todo esto, el sufrimiento cuando viene, la rutina, el silencio, esto no forma parte de la vida feliz. A veces hay que ayudar a decir que la felicidad es una vida que tiene todas estas cosas, ¿o piensas que la vida puede ser una montaña rusa en la cual “se nos rompió el amor de tanto usarlo”? Ya no nos queremos como antes, ¿qué esperabas, seguir con la pasión de los primeros meses toda la vida?

Y ¿por qué podemos hablar de esto? Cuando eres novicio, en mi caso, todo es tan..., y cuando entras en la primera crisis, y Dios ya no, parece que ya las derogaciones en la capilla no parecen tan devotas, y que ya te aburres de tú mismo, ahí está la trampa; puedes decir “es que yo no he entrado para esto, yo he entrado para estar siempre encendido”. Muchas veces te levantas y dices “qué ganas, mejor estaba en tele 5”, que es como lo peor que puede hacer uno, pues eso. Claro que participamos de esto, claro que participamos de que la vida tiene sus rutinas, claro que participamos de que a veces hay esto.

Voy describiendo estas heridas porque el acompañamiento a veces es ayudar a la gente a detectar estas cosas, por eso las voy describiendo, porque muchas veces es ayudar y, en la conversación, ir ayudando a desenmascarar todas estas cosas.

¿Por qué se produce esta imagen tan pobre de la felicidad? Primero porque hoy en día vivimos en un mundo que exalta el sentimiento, el sensualismo, todo hay que sentirlo. El “todo hay que sentirlo” es muy tramposo, porque hay muchas cosas que a veces no se sienten. Siempre que tengo ocasión cito el peor consejo que puede dar un acompañante, o de los peores. Cuántas veces lo hemos visto, en las películas aparece un montón de veces: alguien va con un problema, a veces afectivo, se lo cuenta a un

amigo, a su padre, a un compañero, a un asesor, y le da el peor consejo del mundo, “Tú haz lo que el corazón te pida”. Como haga lo que el corazón le dice, va de cabeza al hoyo, porque lo que te está diciendo es “el corazón me está diciendo esto”, y es el peor de los consejos. El consejo que hay que dar es “piénsalo bien”, equilibra el corazón y piénsalo.

Es posible que en otra época el acompañamiento incidiese tanto en el pensamiento, en lo que las cosas tienen que ser, que no diese cancha ninguna a lo que la gente sentía, y hay veces que la gente critica eso, que se queja de eso en la Iglesia y tal. Pero yo creo que eso no ocurre ahora, mayormente. Equilibrar el sentimiento con la reflexión sobre las cosas ayuda muchísimo; el acompañamiento es poner cordura, un poco de razón.

Yo recuerdo hace unos años un señor de 60 años, la mujer de 58 y un día él de golpe se marcha con una de 35 y todo lo que contaba la mujer, rota, desesperada, y él disfrazado de joven haciendo la dieta Dunkan –en aquel momento estaba de moda– y diciendo que se sentía otra vez como cuando tenía 20 años; pues tienes un problema, porque tienes 60. Entonces, “piénsalo bien”, y piénsalo bien a veces es decir “oye, y dentro de 10 años, cuando esta se haya cansado de ti –que se va a cansar porque no está para cuidarte–, cuando tu mujer se haya roto del todo o sencillamente haya pasado página porque tampoco te creas que te va a estar esperando todo el tiempo, cuanto te veas con 70, 75, sin saber qué hacer, pensando por qué no pensaría en este momento...”. Este es el consejo que hay que dar muchas veces, ayudar a la gente a pensar las cosas, si a veces se solucionan las cosas con eso diciendo “mira, estás inflando la burbuja del sentimiento, pero la tiranía esa es terrible”.

También forma parte de esta herida de la felicidad la Apariencia del Bienestar Constante. Parece que las vidas de los demás son todas maravillosas, uno mitifica las vidas ajenas. Me encanta la Tesis de la Ventana de Enfrente. Hay una película italiana de hace unos 10 años que se llama “La ventana de enfrente”, es maravillosa, porque cuenta muchos temas, hay muchas historias, pero sobre todo hay una historia que para mí fue sanadora. Hay una mujer que tiene unos 40 y pocos años que está en la vida un poco estabilizada, tiene 2 hijos, la hija mayor está entrando en la adolescencia, el hijo pequeño aún es un niño; tiene un marido que es un desastre que va de trabajo en trabajo, que le van despidiendo, que no consigue trabajado porque en el fondo es un informal, que está al fútbol y tal. Es ella la que tiene que tirar de la familia, tiene un trabajo que no le gusta, a ella le hubiera gustado toda la vida cocinar pero está trabajando de contable en una fábrica de pollos.

Se la ve a veces nostálgica y todas las noches lo último que hace es, desde la ventana, mirar la ventana de enfrente. En la ventana de enfrente ¿qué ve?, a un chico italiano guapo, rico se ve, tiene un apartamento de diseño, siempre vestido a la última, que todas las noches sube con una chica más despampanante cada noche, y es una historia como de romance, de seducción, de aventura. Entonces ella desde ahí se fuma un último cigarrillo todos los días pensando lo que sería esa vida, lo que ella no ha tenido, todo ese mundo de romance, de seducción, pensará “habiendo ese chico ahí y yo con este vaina, esto es lo que hay”. Hay un momento en el que se conocen y hay un momento en que empiezan a tontear y él un día la invita a subir a su casa a tomar una copa por la noche, y ella sube. Están ahí fultreando, empezando a besarse un poco y él le dice “todas las noches desde mi ventana veo tu casa, y añoro tanto lo que tienes”; entonces ella se asoma a la ventana y ve lo que se ve desde la ventana de este hombre.

¿Y qué es lo que se ve en ese momento?, en ese momento está el marido jugando con los hijos, una escena entrañable, está una amiga tomando un café y charlando, es una escena como muy familiar, y él le va diciendo “¿tú sabes lo que es mi vida de solitaria, sin nadie a quien poder llamar casa, siempre de una a otra relación, sin raíces, sin futuro, sin estar construyendo nada y de golpe veo todo lo que tú tienes?” Ella en ese momento se queda como bloqueada y se marcha.

La Tesis de la Ventana de Enfrente es que desde la ventana de enfrente todas las vidas parecen mejores, y esto muchas veces está en la raíz de muchísimas heridas de muchas familias, de muchísimos matrimonios, de muchísimas parejas. Es mitificar el mundo, piensas que la vida de los demás es mejor. Pero que nos pasa a todos. Vuelvo a decir lo mismo ¿por qué podemos acompañar las heridas?, porque también nosotros tenemos estas heridas. Llegas a los 40, 40 y pico y empiezas a ver a tus amigos del colegio que tienen su familia, que tienen sus hijos, y mitificas “qué bonito llegar al final del día y tener unos hijos en casa que te acojan, que te llamen papá; qué bonito alguien con quien compartir tu vida, la intimidad, la ternura”, todas esas cosas. Luego escuchas a tu amigo y dice “jo, qué bien vivís los curas”, claro, porque cada uno se imagina la vida del otro desde la ventana de enfrente. ¿Qué me dicen mis amigos?: tú es que viajas, es que no tienes preocupaciones económicas... y piensas: de verdad, es que no entendéis nada de mi vida porque la mitificáis, supongo que como yo mitifico la tuya.

Mucha gente, las crisis o las heridas gordas son estas. De golpe piensas que los problemas que tiene tu matrimonio “es que no sé quién no los tiene”. Claro que los tienen, lo que pasa que no los desvelan en público, cuando te ves cenando con los

amigos todos dan la mejor cara, porque eso se llama educación. Lo peor lo dejamos muchas veces para casa.

Un tercer elemento que forma parte de esta tiranía de la felicidad, o de la herida de la felicidad, es el Imperativo de la Novedad, que siempre hay que tener algo nuevo, esto se ha ido aplicando a muchas esferas de la vida, y ha ido colonizando ámbitos de la vida. Esto antes estaba más aplicado al consumo, a la sociedad de consumo, y se fue degenerando la dinámica. Creo que nosotros todavía recordamos, venimos de una época en la cual no era todo de usar y tirar inmediatamente, las cosas se gastaban. Yo a veces le digo a mi madre que su casa parece un museo, y ella me dice “hijo, para qué lo voy a tirar”, y tiene razón, ¿por qué voy a comprar algo nuevo teniendo esto que funciona?, pero yo ya tengo metida esta otra mentalidad de lo nuevo. Esto se ha ido metiendo en la vida.

No sé si os acordáis de la película “Charlie y la fábrica de chocolate”, que para pastoral por ejemplo es muy buena, para trabajar con adolescentes o así si tenéis en las parroquias, porque lo que describe muy bien son ejemplos de educación, y varios como prototipos o estereotipos de lo que es la infancia. Una de las niñas es una niña terrible, exigente, que está todo el tiempo queriendo lo último, entonces a su padre que es un gran empresario le dice que quiere tener una de esas tarjetas doradas que vienen con las tabletas de chocolate y quiere conseguirla. El padre pone a todas las fábricas a trabajar para esto y hay un momento en que encuentra por fin la tarjeta, entonces se acerca la niña –en una escena muy buena, dura como un minuto– con una cara de enfado en el enorme salón familiar, se planta delante del padre, ya ni dice nada. Están el padre y la madre, saca la tarjeta, se la ponen delante, entonces se le pone una cara angelical, levanta la mano, agarra la tarjeta, baja la mano, se le vuelve a poner la misma cara de bicho que tenía antes y dice “ahora quiero otro pony”.

Es decir, siempre algo nuevo, siempre algo nuevo. Esto se va metiendo en muchas esferas de la vida. Hay un punto en que experimentar cosas nuevas, probar cosas nuevas, que cuando se va extendiendo a la esfera de las relaciones se vuelve un mundo muy complicado, llega un momento en que ya no hay novedad. También nos ocurre a nosotros: durante la formación a veces estás adentrándote en terrenos nuevos, si te mandan a estudiar además fuera ves otra Iglesia, ves otras cosas, vas cambiando de compañeros, pero llega el momento de se acabó, aterrizar en lo concreto. Anda que no apetece, a ver cuándo puedo pedir un sabático, porque lo de siempre cansa. Nos puede pasar, por eso es fácil entender lo que les pasa a veces a la gente.

Hay otra herida que es la **Herida del Tiempo**, la tiranía de la juventud. Hay muchísima gente –y esto enlaza con lo que decía antes del artículo de El País– que hoy en día tiene la obligación, o siente la obligación, o se le ha metido en el imaginario, como una especie de que hay que verte siempre como si tuvieras 25 ó 30 años. Los 40 son los nuevos 25... no, los 40 son los 40. Los 50 son los nuevos 30... que no. Entonces la tiranía de la juventud es tremenda, la nostalgia de la juventud tan mitificada. Hay mucha gente que “es que yo me siento joven”; que no, que no es verdad, que no es esto.

Esto tiene que ver con uno de los problemas que más afectan a las relaciones, una de las heridas que más afectan a las relaciones, y yo creo que en nuestros tiempos hay que entenderla bien, y es el famoso Carpe Diem, el Carpe Diem aquel contemporáneo que además mucha gente aún lo mitifica. Si os acordáis, cuando el Carpe Diem volvió a aparecer en la cultura contemporánea fue con la película “El club de los poetas muertos”, en el año 89. En aquel contexto el Carpe Diem era un grito muy interesante porque lo que venía a decir era “ojo, no puedes estar posponiendo siempre los conflictos”. Si os acordáis de la historia del profesor aquel con los alumnos que estaban siempre sometidos a una voluntad muy exigente y que nunca escuchaba lo que ellos querían hacer, y este les decía: mirar, la vida tenemos una, tenemos que vivirla y a veces no puedes estar posponiendo los conflictos, y tienes que afrontarlos, Carpe Diem. Este era aquel Carpe Diem.

Pero aquí en España surgió –y además surgió también con otro icono cultural muy fuerte– un Carpe Diem alternativo que fue Historias del Kronen, que fue una novela ganadora de un premio que luego se convirtió en una película que fue muy popular. Describía la juventud madrileña en un verano, en unas noches de desenfreno, de fiesta, de alcohol, de sexo, y el personaje principal que era terrible también tenía este grito de guerra que era Carpe Diem. Había un momento en que un amigo le preguntaba por la amistad, por el compromiso y decía “todo eso son chorradas, porque el ayer ya pasó, ya se fue, ya no tenemos nada, y el mañana no sabemos si va a venir. Lo que tenemos es el ahora, así que Carpe Diem”.

Esto es una herida brutal y esto a muchas relaciones las afecta ¿por qué?, porque el Carpe Diem cuando las cosas van bien estás estupendo, pero te deja totalmente desarmado cuando las cosas van mal. Lo que hay que ayudar a la gente a entender es que en todas las vidas va a haber etapas en las que las cosas vayan mal, no hay que buscarlas, pero es parte de cualquier historia, de cualquier relación. Crisis ¿qué pareja, qué familia no va a pasar por alguna crisis? Entonces, una de las maneras de afrontar esta herida, y una de las maneras de ayudar a curarla, es devolverle a la gente la

capacidad de entender su relación como una historia de amor. El amor no es un momento, una vivencia, es una historia; lo que estáis construyendo, lo que estamos construyendo es una historia de amor. Lo mismo que una vocación es una historia, una historia en la que puedes pasar por una noche oscura, gorda, puedes pasar por unos años, un tiempo en el cual se apagan los motivos. Si sólo tienes el presente, no; si sólo tienes el presente llega un momento en el que agarras la maleta y te vas, se acabó, esto no es para mí.

Tenemos dos agarraderos que permiten recuperar la historia y en el acompañamiento son muy importantes. El primero es la memoria, muchas veces acompañar es ayudar a la gente a hacer memoria: ¿por qué estáis juntos?, ¿por qué estáis aquí?, ¿qué te ayudó de esta persona? El ejercicio de memoria solo inmediatamente se convierte en nostalgia, en una nostalgia negativa, “ya no es como era entonces”, “ya no”, y la nostalgia es muy mala. Nos puede pasar a nosotros “yo soñaba con tantas cosas”, “yo soñaba con transformar la Iglesia”, “yo quería... pero ya no”.

El segundo apoyo es el futuro, hacer una historia es mirar hacia adelante, en el Evangelio es la esperanza, no solamente es la esperanza escatológica, es la esperanza concreta, aterrizada, real de que la vida va hacia adelante, con el apoyo de lo vivido y la sabiduría del equipaje que uno trae, desde la situación presente muchas veces es decir “mira, no te puedo decir que vayas a dejar de sangrar ahora por esta herida que tienes, porque está en carne viva”. La pregunta es ¿es posible encontrar un camino hacia que esto cicatrice, hacia que esto se reconstruya, hacia que esto pueda ser diferente, distinto, nuevo?

Yo muchas veces para estos acompañamientos, cuando la gente quiere de verdad compartir un poco esta búsqueda, la referencia constante intento que sea el Evangelio, y lo bonito es cómo hay un montón de historias que permiten esto. Por ejemplo el hijo pródigo es una historia justo sobre el Carpe Diem, evidentemente el Evangelio no habla del Carpe Diem, sin embargo aquí lo tenemos porque es la herida del fracaso, la herida del hijo pródigo es la herida del fracaso. Si sólo tiene el presente, cuando está dando de comer a los cerdos se acabó, de hecho el hijo pródigo es un hombre que vive en el presente. Cuando las cosas van bien dame el dinero, cuando tengo el dinero me lo gasto, ni me acuerdo del pasado y de mi padre, ni pienso en el futuro que el dinero se acaba.

Presente, presente; esto está muy bien, pero cuando el presente se ha convertido en desastre ¿qué hace? Puede o quedarse en el presente y decir “he fracasado”, la amargura, la derrota, la desesperación. O mira hacia el pasado: “en la casa de mi

padre”, “mi padre era un hombre bueno”, “mi padre puede ser...”, pero no se queda en la nostalgia “jo, qué bien estaba entonces y qué mal estoy ahora” “he tirado la vida por la ventana, qué desastre, qué pena”, y lamiéndose las heridas, sino que piensa en un futuro “ya sé lo que voy a hacer, me levantaré, iré a la casa de mi padre y le diré...”. En ese futuro algunas veces te vas a encontrar con cosas que no son las que hay, que no son las que esperabas, de hecho le va a desbordar lo que encuentra, pero esta es la historia.

O sea, el construir una historia, el ayudar a la gente a recordar. Una herida en una historia de amor no es un problema, es señal de verdad, aunque sea una herida muy gorda. Una herida en un amor reducida a momentos desesperantes solo, es la muerte de la historia.

Pongo otro ejemplo que a mí me ayuda bastante. Pedro y Judas en la pasión son un ejemplo del *Carpe Diem* contra la historia, porque cuando llega el momento de la pasión y los dos descubren que han fallado y que han negado al Maestro, los dos están en el mismo punto, y es que de golpe se han dado cuenta que se han equivocado, que le han fallado, de que le han uno negado y el otro vendido, y que no es lo que querían. ¿Cuál es la diferencia? Que Judas ya no es capaz de salir de eso, esto es lo que hay, se ahorca. Y Pedro va a ser capaz de reenlazar: o sea, la misericordia es posible, ¿esto dónde lo he aprendido?, pues lo he aprendido caminando con Jesús en los caminos, etc., y ojalá pueda haber un futuro en el cual esa misericordia se convierta en perdón. Esto es lo que salva un poco, esas lágrimas que pueden llevar.

La **Herida del Amor Incompleto**, esta es muy contemporánea. Muchas veces la gente se empeña en trabajar dimensiones que ya tiene trabajadas, tienes que ayudarles a decirles: no, a lo mejor lo que falta en tu relación es justo cosas a las cuales no les habéis dedicado tiempo. A mí esto me lo hizo ver con claridad hace 3 años una película sobre el amor, sobre las relaciones matrimoniales –que también para cursillos prematrimoniales es una película interesante– se llama “Crazy stupid love”. Cuenta la historia de una familia, tanto los padres, los hijos y demás, cada uno tiene sus maneras de vivir el amor. Hay un momento que discuten el padre y la madre, el padre conoce a un chico que le dice “yo te voy a enseñar lo que es ligar, lo que es conocer gente por ahí”; el chico es un frívolo que va de mujer en mujer todo el tiempo y está encantado con ello, hasta que se enamora.

Hay un momento en que él se va a enamorar, y hay una escena que a mí me dio la clave del amor incompleto y dije “esto es lo que le pasa a mucha gente”. Hay un momento en que se lleva a esta chica, la invita a su casa, pero se da cuenta hablando

con ella que no es como las demás, que lo que está sintiendo es algo diferente, y que no quiere que sea lo mismo. Entonces llega un momento que le dice “¿puedo pedirte dos cosas?, lo primero te voy a pedir que no nos acostemos esta noche”. Ella que es bastante más razonable, más cuerda, dice “bueno me parece muy bien, no he venido a tener sexo sin más”, y él dice “lo segundo que te voy a pedir es que me hagas una pregunta personal”. Ella le dice “háblame de tu madre”, y él por primera vez empieza a hablar con alguien de sí mismo.

La herida del amor incompleto es que muchas veces hay dimensiones muy profundas de la relación que están sin tocar, por ejemplo hoy en día hay mucha gente que empieza la casa por el tejado, te acuestas antes de saber el nombre casi, esto ocurre; hay muchas historias que se han ido construyendo uno diría sin tocar estas otras cosas. El amor incompleto, que falta la verdadera capacidad de encuentro. Yo esto lo suelo citar con un poema de Dulce María Loynaz que refleja muy bien lo que es el amor completo, porque la gente a veces pone sobre el amor unas expectativas que es un amor demasiado poco evangélico. Dice el poema:

*Amar la gracia delicada  
del cisne azul y de la rosa rosa;  
amar la luz del alba  
y la de las estrellas que se abren  
y la de las sonrisas que se alargan...  
Amar la plenitud del árbol,  
amar la música del agua  
y la dulzura de la fruta  
y la dulzura de las almas dulces....  
Amar lo amable, no es amor:*

*Amor es ponerse de almohada  
para el cansancio de cada día;  
es ponerse de sol vivo  
en el ansia de la semilla ciega  
que perdió el rumbo de la luz,  
aprisionada por su tierra,  
vencida por su misma tierra...*

*Amor es desenredar marañas  
de caminos en la tiniebla:  
¡Amor es ser camino y ser escala!*



*Amor es este amar lo que nos duele,  
lo que nos sangra bien adentro...*

*Es entrarse en la entraña de la noche  
y adivinarle la estrella en germen...  
¡La esperanza de la estrella!...*

*Amor es amar desde la raíz negra.  
Amor es perdonar;  
y lo que es más que perdonar,  
es comprender...  
Amor es apretarse a la cruz,  
y clavarse a la cruz,  
y morir y resucitar ...*

*¡Amor es resucitar!*

Muchas veces acompañar a la gente es ampliar el abanico del amor cuando dicen “es que ya, es que el amor ya no...” ¿Cómo que no?, espera, porque amor es muchas veces muchas más cosas de lo que a veces pensamos. El amor incompleto es un amor sin cruz, y lo que hay que decirle a la gente es que el amor pasa por la cruz también, es morir y resucitar. Muchas veces tiene una parte de renuncia, por los hijos por ejemplo. Fijaos la cantidad de veces que nos vamos a encontrar gente que antepone su situación a la de sus hijos, el amor pasa por anteponer, ponlos delante a ellos ya verás cómo cambia todo.

El amor incompleto es un amor egoísta, muchas veces hay que ayudarle a la gente, llega un punto en que a veces ya no hay vuelta atrás, pero lo que hay que ayudar a la gente es a descubrir: a ver, mira, amor no es “te quiero porque me haces feliz”, si es “te quiero porque me haces feliz” en el momento que ya no me haces tan feliz como antes apaga y vámonos. El amor cristiano es “te quiero porque quiero que seas feliz”, y una relación de pareja se va a sostener mucho más desde dos personas que quieren hacer feliz al otro, que desde dos personas que quieren que el otro te haga feliz a ti, porque eso es muchísimo más endeble.

Creo que uno de los caminos de sanación más fuertes en el tema de las heridas dentro de la pareja, y te viene “es que ya no puedo más, es que ya no aguanto más...”, todo es un discurso sobre uno mismo, es normal, nos puede pasar a todos, es un discurso egocentrado, las cosas que me están pasando a mí. Y muchas veces lo que hay que ayudar es decir “vale, vuelve a mirar a la otra persona, intenta descubrir que el otro es

otro”, aprender a verle en sus límites, aprender a verle en sus necesidades, aprender a verle en por qué está pasando, y si el otro es capaz de hacer lo mismo respecto a ti, cambia mucho las cosas. No digo que sea fácil. El Evangelio en ese sentido es un perfecto manual de amor, porque ayuda a la gente a esto.

Termino esta parte con la **Herida del Amor sin Dios**. Muchas veces la gente, incluso la gente creyente, el problema que tiene es que el tema de Dios queda para la práctica, para el rito, o para la vivencia personal e íntima de muchas cosas, pero no ha sido capaz de dar el paso de decir: mi fe tiene que teñir la manera en la que amo, cuido, camino, resuelvo los problemas, peleo por las cosas. Pero la realidad es que vivimos en un mundo sin Dios, muchísima gente se ha acostumbrado a vivir sin Dios. Y hay dos tipos de agnosticismo: el agnosticismo militante y un agnosticismo práctico, de mucha gente que se declara creyente, que se declara católica pero en el fondo no da entrada a Dios en la manera en la que afronta los temas de la vida. A veces acompañar es volver a poner esto.

---

FIN DE LA PRIMERA PARTE

---

La primera parte del enunciado de esta mañana era “*Acompañar también en las heridas*”, es lo que hemos intentado desbrozar un poco: esas heridas y en qué consiste el acompañamiento. Pero hay dos pasos más: discernir e integrar. Me gustaría reflexionar un poco como qué significa esto, es decir, que hay un acompañamiento que no es solamente detectar las cosas que están pasando, sino ahora ¿qué hacer con ello?

Supongo que tras una semana entera hablando y escuchando hablar de discernimiento, del valor de la conciencia, de la maduración personal, del aprendizaje, de la pastoral, del acompañamiento, pues tal vez me repita ahora, y pueden pasar dos cosas si me repito: una es que refuerce lo que ya se ha dicho, en ese caso la cosa va bien, y otra es que diga lo contrario. En ese caso lo que demostraría es que la realidad es a veces muy compleja.

¿Por qué partir de hablar de las Reglas de Discernimiento?, porque me parece que hoy en día se utiliza la palabra “discernir” para muchas cosas, y a veces dices no, hay que pensarlo bien y tomar una decisión y ya está. Me gustaría empezar con algunos presupuestos, algunos prolegómenos sobre qué discernir, cuando estamos hablando de estas heridas y todas estas cosas. Empezaría con una cuestión: cuando hablamos de discernir es buscar la voluntad de Dios, y cuando decimos buscar la voluntad de Dios es buscar la voluntad de Dios para la vida de las personas y de lo que sea. ¿Cómo entender esto?, yo creo que hay como varias cosas que hay que tener claras.

La primera es que hay que desmitificar de cara a la gente esto de la voluntad de Dios como que en cada cosa concreta que estoy haciendo, Dios tiene una voluntad de que haga o que deje de hacer. Dios está muy ocupado como para estar pendiente de un montón de cosas que yo hago o que dejo de hacer; decide, decide tú más o menos ¿no? ¿Por qué lo digo? Porque muchas cosas son decidibles, pero no discernibles, tienes que tomar una decisión y ya está.

Yo recuerdo cuando estaba en la tercera probación, la experiencia última, la etapa última de nuestra formación, y el instructor de la tercera probación era un jesuita ya mayor, sabio, que había estado de provincial en Colombia, de provincial en Argentina, de asistente del General, padre Álvaro Restrepo. Y un día en el mes de ejercicios,

dándonos un poco algunas instrucciones sobre el discernimiento y estas cosas dijo: mirar, esto que os voy a contar no aparece como tal en el libro de San Ignacio, pero acordaros de esto, y es la pared verde. Va a haber muchas veces en las que te encuentras en situaciones en que hay que decidir de qué color se pinta la pared en casa. Va a haber uno que diga de color blanco porque es que es más luminoso, más alegre, más no sé qué. Vendrá otro que dirá verde porque es color esperanza. Todavía habrá un tercero que diga “tenemos que discernirlo”. Olvídate, se va a pintar del color que le guste al superior, entonces sobre esto no se discierne, se decide, se hace y no hagáis problema de cosas que no hay que hacer, y no metáis la voluntad de Dios en un montón de cosas que no hay que meterlas.

Esto hay que aplicarlo para muchas cosas, “voy a discernir si me compro un coche o no”. Mira, a ver espera, piénsalo bien, si es razonable, si es coherente con tu vida, si es útil, pero no empieces “Señor, dime si me compro el coche o no”, porque no te lo va a decir. Hay ciertas cosas que son de sentido común.

¿Qué es discernir?, en el fondo es buscar, poner la vida en el espejo del Evangelio, utilizar el Evangelio como espejo de la propia vida y ahí buscar la voluntad de Dios. Es decir, vamos a ver lo que es más evangélico, la buena noticia, la voluntad de Dios, que es el bien del ser humano, la dignidad del ser humano y el amor, todo lo que vamos descubriendo. La voluntad de Dios ya vino como palabra en Jesús y está ahí, está clara, y a veces hay que dejar que esté. No hay que caer en atribuir al discernimiento la capacidad de zambullirse en el misterio de una manera demasiado excesiva, es decir, lo de Dios es muy misterioso, porque al final lo que terminas haciendo es poner sobre la gente un nivel de expectativa es imposible “¿cómo sé que esto que estoy diciendo es lo que Dios quiere?”

Segundo prolegómeno. Cuando empiezas un proceso de discernimiento con alguien hay que ayudar a decirlo, “Dios no pide siempre lo que más te fastidia”. Hay gente que tiene la mentalidad que, entre dos cosas, Dios siempre me va a pedir la que más me fastidia. Hay que ayudar a desmontar eso, uno viene siempre pensando “lo que más me apetece es egoísta y lo que menos me apetece es lo que Dios me pide”, hay que quitar esa mentalidad. Es muy importante que la gente tenga en mente al comenzar un discernimiento que lo que Dios quiere es el bien de las personas, eso es lo que Dios quiere: el bien, la plenitud, la felicidad en un sentido amplio.

Tercero: las decisiones que hay que tomar, la mayor parte de las veces no son entre el bien y el mal, porque entre el bien y el mal la mayoría de la gente se inclinaría por el bien. No tienes que elegir entre ser una hermanita de la caridad y ser un genocida, no,

eso es evidente. No tienes que elegir entre ser una persona que ayude a los demás o ser una persona que vayas por ahí a martillazos, es evidente que no querríamos ir a martillazos. Como voluntad al principio todos nos inclinamos por el bien. Pero los mayores discernimientos son entre dos bienes aparentes, o entre un bien aparente y un bien real, o entre lo bueno y lo mejor. Es que todo es bueno, pero ¿qué es lo mejor?, esto es lo que hay que discernir muchas veces. Razones hay para todo, lo importante es cómo ayudar a esto; de ahí la complejidad.

Como prolegómeno último, el momento del discernimiento no es muchas veces el final de un ciclo. A veces viene la gente que quiere discernir algo y tú ves que ya no hay nada que hacer, ya la decisión la tienen tomada, entonces lo que hay que hacer es acompañar de la manera mejor posible, lo mejor que sepas para que las heridas se cierren de la mejor manera posible, porque a veces la decisión ya la tienen tomada. Lo que vienen muchas veces es o a buscar quedarse con la conciencia tranquila de que por lo menos han consultado, o sencillamente a contarle para desahogarse, o muchas cosas. Es muy importante como tantear y ver si realmente hay disposición para embarcarse en un proceso de búsqueda.

El momento para un discernimiento, apliquémoslo a la vocación. Cuántas veces alguien llega a discernir vocación con el provincial cuando ya está más fuera que otra cosa; pero si ya estás fuera, ya no hay nada que discernir, sólo hay que poner fecha, ya has tomado las decisiones, ya has dado todos los pasos, has cerrado todas las puertas, has quemado todas las naves, pues vamos a intentar que no salgas demasiado culpabilizado, que no salgas herido, que salgas de una manera que para ti sea buena porque ya no hay mucho más que hacer. Ahí ya no hay discernimiento, aunque a veces la gente plantea el discernimiento en ese momento y tú dices “es que esto me lo tenías que haber dicho hace un año, cuando empezaste a hacer algo por un montón de sitios”.

Esto lo digo porque también a veces en el acompañamiento, sobre todo cuando acompañamos a gente regularmente, gente que son amigos, gente un poco del entorno, de las parroquias, a veces que tenemos que ser nosotros quienes demos el paso de animarles a “oye, ¿no vendría bien pensar en lo que está ocurriendo?”. Cuando tú detectas algo a veces hay que dar el paso, adelantarse y ofrecer esta oportunidad, porque si esperas a que alguno de ellos formule “necesitamos ayuda”, a lo mejor cuando lo llegan a formular ya no hay nada que hacer. Esto puede ocurrir. A veces nosotros tenemos que ser libres de decir “ya no hay nada que discernir”, ya no hay nada que hacer, lo más cuidar a las personas y procurar que salgan lo menos heridas posible de todo lo que está ocurriendo.

Las reglas de discernimiento están aplicadas para los ejercicios, pero en el fondo son como pistas sobre cómo decidir. Hay como dos niveles: las reglas de primera semana y las reglas de segunda semana. Si tuviéramos que decidir cuál es la gran diferencia entre unas y otras, creo que las de primera semana son para cosas de trazo más grueso. Es decir, si lo tuviéramos que decir para simplificarlo un poco, sería para discernir, para elegir entre lo bueno y lo malo. ¿Cómo detectar qué es lo bueno y qué es lo malo?

Las de segunda semana, que son un poco más sutiles, son para elegir entre lo bueno y lo mejor. En el primer caso sería “o hago lo que Dios me pide, o no lo hago”, elijo entre el Evangelio y el no Evangelio. La otra sería “no te confundas y vayas a tomar como Evangelio cosas que no son”, estas serían las de segunda semana.

Cuando yo me tenía que confirmar en COU, mi vocación empezó con un no claro. Había estado dos años en un grupo de confirmación y lo había dejado, luego entré en grupos de confirmación y cuando llegó el día de la confirmación nos ponen un retiro unos días antes y nos dicen “en el fondo ¿tú te das cuenta que confirmarte es decir que sí a lo que es el Evangelio?”. Yo tenía claro que al acabar quería estudiar Derecho, después ser Notario y tener mucho dinero, este era mi plan de vida, lo tenía claro desde hacía años; ya me imaginaba en qué club iba a estar de socio. Para mí esa decisión en ese momento fue: el Evangelio o esta vida yupi que me he montado y que quiero, pues está claro, la vida yupi, y no me confirmé. Ese es un discernimiento de primera semana, elegir entre el bien y el mal; en mi caso por otra parte como Dios siempre sale al camino otra vez, pues ahí está.

Pero luego hay muchas decisiones que nos vamos a encontrar en el camino mucho más adelante que son de “¿me dedico a la pastoral o me dedico al mundo intelectual?”, eso es un discernimiento que hay que hacer: todo es aparentemente bueno, pero cada cosas tiene sus retos.

Esto ocurre en las familias “¿qué hago?, ¿me echo una amante o no?”, esto es un discernimiento de primera semana, claro. También ha discernimientos de segunda semana, aunque en el fondo está la amante: “vamos a darnos una distancia”, “vamos a darnos un tiempo”. O por ejemplo alguien que va al gimnasio todos los días, cuando el último deporte que ha hecho en su vida ha sido nacer, y da unos argumentos muy positivos: “es por salud”, “me he dado cuenta que necesito cuidarme”, “esto es bueno para nosotros”, y lo que nunca afrontas de verdad es que te hace tilín la compañera de trabajo y que no quieres que te vea fondón. Hasta el día que acabó todo en un viaje y nunca pensaste que acabarías en la cama con ella, no, tú lo hacías por salud, “no, no era esto”, tú hacías deporte para estar en forma y te lo creías.

Esos dos planos de discernimiento entre el bien y el mal, el Evangelio y lo que no es evangélico, y entre el bien y el bien aparente. El discernimiento se mueve a estos dos niveles.

Cuando nosotros vamos a acompañar a la gente discerniendo, no hay que dar todas estas charlas, pero uno lo tiene que tener en la cabeza. San Ignacio dice “*discernir es como mirar los espíritus que se mueven por dentro de las personas*”, en el fondo hay tres interlocutores a los que hay que escuchar, y hay que ayudar a la gente a ponerle nombre a estas cosas:

Uno es **uno mismo**. Uno mismo tiene muchas cosas, y hablas, y sientes, y experimentas, y tienes memorias, y tienes heridas, y tienes complejos, y tienes un montón de cosas que están ahí, que a lo mejor nunca las has dicho, que a lo mejor nunca las has sacado. A veces son cosas que buena parte de la tarea que tenemos que hacer es desbrozar el terreno para que la gente sea capaz de hablar de cosas muy normales pero de las que uno nunca habla. Pongo el ejemplo de nuevo del tema del deporte y esto, que son las cosas que le pasa a la gente. Que una persona te diga “es que yo toda la vida me he sentido inseguro porque me veo feo, y nunca he sabido qué vio esta mujer en mí, y esto siempre me ha hecho estar celoso...”, a veces es poner encima de la mesa la realidad antes que otro montón de cosas que son muchas más teóricas.

Uno mismo. Uno mismo tiene que contar las cosas que le pasan, uno mismo tiene que decir “mira esto es lo que hay”, uno mismo tiene que ser capaz en un discernimiento de ponerle nombre a la vida, “yo no soporto que conmigo tiene conductas machistas”, “me he pasado toda la vida aguantando a mi padre, luego a mi hermano y ahora a este, y esto me está quemando y quemando”, a veces eso hay que sacarlo y ponerlo sobre la mesa. Uno es. Y las cosas buenas también, o buenas o distintas, las cosas de uno. En el fondo es muy importante ayudar a la gente a definir su verdad, su verdad amplia; cuando vienen a hablarte muchas veces la trampa es “vamos a hablar del problema que tenéis, la relación de pareja”. Muchas veces primero es “vamos a hablar de quién sois”, porque a lo mejor lo que tienes que decir es que te da rabia que por una parte tienes ambiciones y la familia es un obstáculo, por ejemplo, pues tienes que decirlo, que eres una persona ambiciosa, que eres tal...

Segundo, **Dios que habla**. En un discernimiento hay que decir a la gente “hay que escuchar a Dios, hay que escucharlo”. Una pregunta que nos va a hacer inmediatamente la gente es “¿dónde lo escucho yo?, porque claro, me siento, me pongo ¿y qué?”. La mayoría de la gente, como no le des pistas o le ayudes un poco, se va a

sentir súper culpable, porque lo que va a sentir es que encima es sordo espiritual. ¿Dónde escucho a Dios? Yo suelo proponer por lo menos cuatro escenarios para la búsqueda, cuatro escenarios que son asequibles, quizá tres de ellos más asequibles porque el primero es un poco genérico, lo cito aquí pero depende de si te encuentras con personas con formación religiosa, que tienen cierto afán por saber. Muchas veces es decir: mira, la historia y la tradición, a veces hay que mirar, leer un documento, una Encíclica, un capítulo de algo te pone en contacto con toda la tradición, pero eso os encontraréis con mucha gente que si le propones eso, te mira con cara de decir “esto es para nota”.

Hay otros tres escenarios que sí creo que ayudan un poco más:

- ✓ **La Palabra de Dios.** A Dios no le escuchamos en el vacío, no es que nos tengamos que sentar y a ver si escuchamos una voz mística. La Palabra de Dios no nos resuena en el vacío, aunque puede haber gente mística. La mayoría de nosotros la mística la tenemos atravesada a través del Evangelio, de la Palabra. Escuchar esa Palabra y convertirla en el alimento de cada día. Hace poco en Méjico me pasó una cosa de la que todavía estoy agradecido, ilusionado y sorprendido. Estuve antes de Navidad dando unas charlas por Méjico, allí Rezando Voy ha tenido mucha implantación, había mucha gente como muy cercana y acercándose mucho. Al final de las conferencias se acercó un matrimonio como de mi edad más o menos, me dijeron “*queríamos hablar con usted para que se lo transmita al equipo lo que nos ha pasado. Hemos estado a punto de romper, no podíamos más, intentamos todo. Cuando ya no nos quedaba más nos dimos una última oportunidad: vamos a darnos un tiempo escuchando juntos la oración de Rezando Voy, compartiéndola un poco. Esto fue hace tres años y hoy nuestro matrimonio está más fuerte que nunca*”. Me quedé impresionado, qué fuerza tiene la Palabra de Dios para poner en perspectiva las cosas, siempre que haya voluntad, desde luego.
- ✓ **La celebración.** Una de las experiencias con gente a la que acompañas es invitarles a tener una vida celebrativa más activa, pero claro, para esto hay que ayudarles a entender lo que está en juego, lo que se va celebrando, lo que hay. Yo al hilo de lo que he ido hablando con mucha gente, me di cuenta que para mucha gente el problema de la Eucaristía es que no entendía nada de lo que estaban celebrando, toda la Eucaristía se reducía a si la homilía era buena o no, lo demás era lo mismo para ello. Lo único que había diferente para llevarse era la homilía. Recuerdo una frase de Hurtado “*el tema es hacer de nuestras vidas una Eucaristía*”, no es ir a misa, es hacer de nuestras vidas una Eucaristía. A mí esto me puso en el



disparadero de pensar que la gente la celebración la vive como espectadores, no como participantes, y vivir la celebración como espectadores te hace que nunca te cala. Eso me hizo desarrollar, y lo tengo escrito en un libro que se llama “Los forjadores de historias”, una parte que es todo el ritmo interno de la Eucaristía como una celebración en la cual van entrando todas las dimensiones de las personas, todas: el perdón, el dolor, la ofrenda, la petición, el miedo, y cada uno llega desde donde está. Entonces, dar claves a la gente para eso, ayuda a que después ellos puedan ir y celebrar, participar, e ir poniendo las cosas en perspectiva y ahí buscar a Dios.

- ✓ En tercer lugar donde encontramos a Dios es en *las personas*. Creo que es verdad que hay que ayudar a la gente muchas veces a buscar testigos que te puedan ayudar a entender que lo que te pasa a ti no es la única persona a la que le está pasando, que le ha pasado a otros montones antes que a ti, que mucha gente ha encontrado salida, ha encontrado luz, ha encontrado esperanza, y creo que ahí un elemento muy importante es decir “mira, a Dios muchas veces lo encuentras en sus testigos, y sus testigos es gente como tú que desde la fe ha tomado decisiones, ha vivido”. Muchas veces el discernimiento es ayudar a la gente a romper los muros de decir “esto es una cosa sólo mía, o mía con Dios, o mía con Dios y con el que me acompaña”. Sí, todo eso es verdad, pero habla con otros y asómate a otras vidas que eso ayuda muchísimo, porque hay mucha incomunicación.

Entonces decimos: primero es uno mismo con todo lo que trae a cuestras. Segundo Dios a quien buscamos en Su Palabra, en la celebración y en las personas. Y tercero habla San Ignacio del **mal Espíritu**. Y claro, estamos ahora para hablar del mal Espíritu, empezamos a hablar de ello y la gente empieza a ridiculizarnos. ¿Qué decimos, el diablo rojo y con cuernos?, una imaginación excesiva. No me quiero meter tampoco en pantanos de los cuales no sepa salir, pero sí tengo claro que el mal existe, porque lo es. El mal existe como dinámica, como realidad y porque no hay más que mirar al mundo y ver. No creo que nadie con 5 años piense que puede ser capaz de unas atrocidades horribles, y sin embargo atrocidades terribles las hay en el mundo todos los días, ¿cómo llega la gente hasta eso? El mal Espíritu se nos cuelan por ahí. Sin entrar mucho, pero creo que es como todas esas dinámicas que se nos cuelan, que nos hieren, que nos llevan a tomar decisiones estúpidas.

Con este preámbulo, qué decidir y quién decide, no todo es discernible. Quién decide, pues es uno mismo, a la luz de Dios, y sabiendo que el mal Espíritu por dentro a veces te entrapa. Vamos a intentar ver algunas reglas ignacianas, las más comunes, las más cotidianas que afectan mucho a las relaciones.

Lo primero tiene que ver con las decisiones de primera semana, y es lo que decía antes, a veces hay que elegir entre el bien y el mal, entre las decisiones más evangélicas y otras decisiones que no lo son.

En ese sentido inquietud y entusiasmo no siempre significan lo mismo. No siempre decir “estoy contento” es la señal de que las cosas van bien, no siempre. Esto es lo primero que hay que decirle a la gente. No siempre “estoy contento” significa que estoy acertando. Y no siempre “estoy inquieto” significa estoy equivocado, porque a veces la gente viene y dice “es que yo ahora me encuentro fenomenal”. San Ignacio lo dice en lenguaje antiguo “*las personas que van de pecado mortal en pecado mortal, acostumbra comúnmente el enemigo a proponerles...*”, en el fondo lo que viene a decir es que al que va bien en la vida, al que está de alguna manera viviendo una vida evangélica, al que está de alguna manera viviendo el amor, al que está intentando responder al Espíritu de Dios en su vida, pues el buen Espíritu le anima, le alegra, le ilusiona y le contenta, es decir, estás contento con lo que haces, y en ese sentido te anima. Y el mal Espíritu le inquieta de muchas maneras, diciendo “¿todavía crees?, ¿para qué renuncias a nada?”.

Ejemplo en las parejas: yo he optado por un matrimonio en el cual quiero de verdad vivir el amor con los rasgos del amor que descubro en el Evangelio, fiel, eterno, comprometido, fecundo, etc. Entonces al que va bien, ahí va y está contento con lo que hace, y el mal Espíritu te inquieta; de vez en cuando se te van a presentar preguntas del tipo de “si hoy en día todo el mundo acepta las relaciones abiertas, mientras el otro no se entere, nadie sufre”, por ejemplo. Yo antes pensaba que esto no era tan frecuente, pero ahora ya no lo pienso, y no lo pienso por la experiencia de hablar con mucha gente y ya no te cuento, cuando las aplicaciones más descargadas son de páginas de contactos adúlteros, por ejemplo, dices caray cómo está el mundo, pero es que esto ocurre.

Si uno llega y te dice “yo estoy teniendo dudas”, dices “no te fíes que vas al hoyo”. Pongo el ejemplo de la vocación, el que va bien, fenomenal, el que va mal... El que va bien el mal Espíritu le va a tentar diciendo “si esto que tú haces lo podrías hacer perfectamente estando casado, ¿qué diferencia hay?, a lo mejor serías mucho más comprensivo...”, y empiezas a dudar. A la inversa, dice San Ignacio, al que va mal el mal Espíritu le jalea. Vuelvo con nuestro “amigo” del gimnasio. Va mal porque está metido en una dinámica tramposa, está que cada vez que se mira al espejo se cuenta los músculos, y en eso va mal y el mal Espíritu le dice “cada vez te pareces más a Brad Pitt, estás mejor que antes...”; y el buen Espíritu te inquieta “¿No estoy haciendo el tono?, ¿no estaré descuidando a mi familia?, ¿no estaré...?” No siempre hay que

hacerle caso al ánimo porque el ánimo a veces te lleva de cabeza al pozo, ni siempre hay que preocuparse por estar inquieto, que a veces estar inquieto es la mejor de las señales. A veces hay que preguntarle a la gente: ¿qué te ilusiona y qué te inquieta en este momento de la vida?

Otro de los elementos de San Ignacio típico que se escucha siempre: “*en tiempos de desolación, no hacer mudanza*”. Este es otro de los elementos básicos. Lo citan todos, creyentes, no creyentes, políticos, yo creo que no hay líder político que no lo haya citado de vez en cuando, y muchas veces lo citan mal, porque en el fondo lo que dicen es que cuando me interesa que las cosas sigan como están, yo cito esto. Lo que quiere decir San Ignacio es que hay decisiones que hay que tomar y hay mudanza que hay que hacer –eso está claro, hay cambios que hay que hacer en la vida–, pero no las tomes en el momento en que tu vida es un caos, porque como tomes la decisión en el momento en que tu vida es un caos, muchas veces tomarás la decisión equivocada. En ese sentido el mejor acompañamiento que podemos hacer con la gente es decir “espera por ahora, date un tiempo, ponte un plazo”. Algo tan sencillo como esto: “date un año”, es decir, no voy a decidir nada por lo menos en este año, y ahora vamos a trabajar las cosas.

Muchas veces la gente lo que quiere y la urgencia tremenda que hay ahora es justo esta: vamos a salir cuanto antes del bache, vamos a salir cuanto antes del hoyo, vamos a conseguir salir, y hay una tiranía terrible asociada a esto. Hace poco, hablando con una chica, me contó y me dio una clave perfecta para entender esto. Ella esta una chica que había estado con un novio seis años, y cuando ya tenían fecha para la boda y lo tenían todo preparado, a falta de unos meses él le dijo “no quiero seguir, creo que no quiero dar este paso contigo, no siento que seas la mujer de mi vida y lo vamos a dejar”. Me parece muy bien por su parte, si no está convencido mejor antes que después. Ella se quedó hecha polvo y después de un tiempo me decía: “mira, no aguanto a mis amigas, no las aguanto ahora mismo porque están empeñadas que pase página, vamos a empezar a salir, hay una cantidad de chicos monísimos por ahí; yo ahora necesito llorar, no me voy a quedar como la novia de Charles Dickens ahí vestida de traje de novia y con la tarta llorando toda la vida, ya lo sé, pero ahora necesito llorar, no necesito pasar página rápido porque ahora estoy rota”.

Esto es “en tiempos de desolación no hacer mudanza”, hay momentos en los cuales cuando todo es un vértigo, cuando todo es un huracán, espera. Llega una pareja, te dice que uno de los dos ha sido infiel y ha estallado, ha salido, y entonces en ese momento es bastante posible que la persona a la que ha traicionado quiera romper, “no puedo seguir con esa persona, me ha engañado, me ha roto, me ha traicionado mi

confianza”. Es más, es que a lo mejor no va a poder seguir porque no va a poder perdonar, no va a ser capaz, lo que sea, a lo mejor, pero tú tienes que decirle “espera, no decidas ahora en caliente porque ahora en caliente no hay otra decisión posible que romper”. Espera.

Decisiones de familia tomadas en caliente pueden ser muchas muy erróneas. Romper en tiempo de desolación de uno de los dos, o por una dificultad económica. O “nos está yendo fatal el noviazgo, decidimos casarnos” esta es una decisión equivocada de pareja, o sea, esto ya no es como iba antes vamos a ver si nos casamos, esto nunca se formula conscientemente pero ahí está, y tenemos un año en el cual ya estamos con la boda. Hay gente que decide tener un hijo en tiempos de desolación, “a ver si arreglamos”, y llega un momento en que ya no hay decisiones que tomar, es tremendo, es complicado. Es muy importante ayudar a la gente a decidir, las decisiones hay que tomarlas estando en paz con lo que haces.

A veces nos va mal, y si cuando nos va mal no podemos tomar decisiones o hacer mudanza, muchas veces cuando a la gente le va bien no va a venir a hablar con nosotros, vendrán a hablar con nosotros cuando tienen dificultades, tienen algún problema o necesitan algún tipo de consejo, esto es lo que más nos vamos a encontrar. Cuando nos va mal, San Ignacio dice “*examínese por qué va mal*”, ayuda a la gente a descubrir, a pensar, a mirar a ver qué nos ha conducido hasta esto. Es muy interesante, porque lo que la gente muchas veces imbuída del Carpe Diem que decíamos antes, es decir, lo que ahora ocurre es que nos va mal y ya está, en el fondo lo que hay que ayudar a la gente es decir “vamos a desbrozar la historia, cómo hemos llegado hasta aquí, qué ha pasado, cuál es la historia que hay”.

Porque dice “hay tres motivos por los que Dios permite que nos vaya mal”, imagen de San Ignacio. Primero, por tibieza, a lo mejor me va mal porque no estoy haciendo lo que tengo que hacer, “es que ya no hay nada de romanticismo en nuestra relación, ya no hay nada de cariño, ya no hay nada de ternura, ya no...”, a lo mejor lo que hay que preguntar es “¿cuándo es la última vez que le hiciste un regalo a tu pareja?, ¿cuándo es la última vez que tuvisteis un rato a solas?, ¿cuándo es la última vez que afrontasteis juntos, que tuvisteis una conversación, que fuisteis al cine...?”, “No, es que a mí me gusta más el fútbol con mis amigos”. Claro, empieza por ahí, si nunca le dedicas tiempo a la relación, cómo te va a ir bien, si no metes de verdad esfuerzo.

Hay veces en las cuales lo que hay que ayudar a la gente es a decir que hay cosas que solas no se mantienen, y a veces es detectar lo que no está funcionando. No es “no está funcionando nuestro matrimonio”, sino “dentro de nuestro matrimonio lo que no

está funcionando es que yo soy un cardo, es que tú eres una bruja, es que...” Cada quién sabrá lo que tiene que ir viendo, pero por tibieza, porque hacemos cosas que van mal. De nuevo vuelvo a decir, ¿por qué podemos compartir esto con la gente?, porque con nuestro caso es exactamente lo mismo, “ay, mis primeros tiempos de cura qué bien, qué bien me sentía, ahora ya no”, a lo mejor es por tibieza, a lo mejor es porque no dedicas ni un minuto a rezar, ni un minuto a conversar un poco de las cosas que te pasan, te has convertido en un funcionario de las cosas, con horario de tal, ¿cómo te va a ir bien?

Segundo motivo: por libertad. A veces cuando alguien viene y te dice “estamos mal”, en el fondo lo que puedes ayudarles a ver es “no estáis mal, estáis viviendo”. Es decir, si lo que piensas es que estar bien es estar siempre en una perpetua luna de miel, es que esto no es así, es que tú no te has comprometido para esto, es que no se acuerdas que dijiste “en la salud y en la enfermedad, en la alegría y en la tristeza, en la riqueza y en la pobreza”, es que la vida es así. No hay vocación ni matrimonial, ni religiosa ni sacerdotal, ni vital, ni profesional, que se sostenga sólo sobre un perpetuo estar bien, hay que ser libres de eso. No quiere decir que no hay que cuidar las cosas, pero sí quiere decir que hay que asumir que la vida es esto. Un amor que tenga sobre la cabeza la espada de Damocles de que siempre tiene que estar todo bien, es súper exigente, y a veces es mucho más liberador para la gente decirle “no pasa nada, no estáis haciendo nada mal, es la vida”. Tenéis cuatro hijos, un trabajo exigente, apuros económicos, están las cosas complicadas, claro ¿cómo no vais a estar riñendo todo el día? En parte porque desahogas con la persona en la que confías. Hay mucha más libertad en decir “nos podemos dar permiso para estar pasando una temporada difícil”, que decir “además de todo esto que tenemos, encima tenemos que trabajar las cosas para estar cuidándonos, queriéndonos de una manera súper romántica”, pues no. La realidad es esta otra, hay un punto de libertad. Hay que darse permiso para estar mal, porque lo contrario es terrible.

Pasé en Salamanca dos años terribles cuando yo era junior porque pasé una crisis vocacional muy fuerte, y no tenía ganas de nada, pero lo que sí sabía era que quería seguir en lo que estaba. Recuerdo que para mí era una tortura, el ministro de la casa, un hombre benemérito, llegaba todos los días al comedor y me decía “hijo, parece que estás de ejercicios, que no hablas, que no sé qué...” y yo decía para mí “es que no tengo ganas, pero por favor no me hagas tener que dar buena cara, porque bastante hago con aguantar aquí”. Era lo que yo no le llegaba a decir, pero yo lo pensaba por dentro, y lo sigo pensando porque hay veces que tienes que aceptar que la vida se nos pone cuesta arriba a todos, y es mucho más liberador eso que tener que pretender estar

siempre en un hogar idílico, en una estampa familiar sacada como de aquella serie de “Con ocho basta”, que todo era maravilloso. Pues no, a veces no.

Y con perspectiva, que sería el tercer elemento, que tiene mucho que ver con el anterior. Es la libertad de no tener que estar siempre bien y la perspectiva de saber que lo nuestro son historias, no un instante único.

Dice San Ignacio que hay tres estrategias del mal Espíritu que afectan mucho en el discernimiento. Hay tres estrategias por las cuales el mal Espíritu se nos va metiendo, va limando la base de lo que hacemos. Cuando uno empieza a detectar que tiene un problema entonces tienes tres tentaciones que son muy fuertes:

La primera él dice “**la mujer vana**”, o “**la vana mujer**”, es como que te grita, y como tú te achantes te grita más, y si te achantas te grita mucho más, pero como tú le devuelvas el grito se repliega. A lo mejor en esos tiempos lo que habría que poner es la imagen del matón del patio del colegio, sería la mista estructura: el matón al que puede le machaca, le machaca hasta el momento que planta cara. No sé si habéis visto la película de “Un monstruo viene a verme”, lo refleja muy bien entre el niño que es abusado constantemente por bullying en el colegio hasta que le planta cara, y en ese momento se lleva dos tortas, el otro se lleva una y se acaba el problema para los dos. Algunas veces hay que plantar cara, como tú te estés replegando, “no hay ningún problema, esto es no sé qué...”, al final te va comiendo el terreno el problema que tengas, porque hay un problema en tu matrimonio al que nunca eres capaz de plantar cara. Por ejemplo, en la relación “hay algo tuyo que me molesta, siempre, pero nunca soy capaz de decírtelo”, y va creciendo como una bola hasta que el día que estalla lo hace de una manera terrible, a veces es mucho mejor “vamos a hablar las cosas”, porque como dejes que los problemas crezcan el día que crezcan demasiado, estallan.

Segundo pone la imagen del **vano enamorado**, que corteja en secreto a una mujer en una relación que no puede ser. En el fondo lo que viene a decir que una de las mayores trampas que puede haber es qué es lo que le pide el vano enamorado a esta mujer a la que corteja: “no digas nada, no digas nada que esto es cosa nuestra”. Esto es uno de los problemas más comunes, en esta sociedad nuestra además donde la incomunicación es tan fuerte, y es la cantidad de gente que no es capaz de hablar de sus problemas, os habréis encontrado así. Gente, por ejemplo, que hay problema de relación que está basado en que uno está enganchado a pornografía en internet, pero de eso jamás habla, es una cosa privada, y el día que empieza a pedir ayuda ya es el día que descubre que tiene un problema que ya ni la intimidad de la pareja funciona. Pero durante un período de tiempo es parte de mi vida privada, cosa mía de la que no

hablo nunca con nadie. Una de las cosas que hay que ayudar a la gente es “habla”, de ciertas cosas hay que hablar, hay que pedir ayuda.

Y la tercera imagen que pone es la del **asedio**. Dice que muy malo sería el mal espíritu si, viendo una muralla, quisiera entrar en la fortaleza por la parte más gruesa; lo que va a buscar es el agujero y en ese agujero entrar. Y sin embargo ¿cuál es la tentación que tenemos nosotros?: fortalecer la parte fuerte y seguir dejando desguarnecida la otra, que es lo que yo digo que “no se puede curar la gripe con tiritas”, es decir, si tienes una gripe no te empeñes en ponerte tiritas en el dedo que eso no te va a servir de nada.

Hay muchos ejemplos, volvemos a nuestro amigo del deporte. Él en el fondo ahora se da cuenta de que esto del gimnasio está siendo en parte porque cada vez le gusta más que la compañera de la oficina le dice “oye, que cada vez te veo mejor”, y él cada vez más contento y se da cuenta de que “aquí hay algo más”, entonces dice “voy a solucionarlo porque esto no puede ser”, y empieza a comprarle flores a su mujer de vez en cuando. Si el problema lo tienes en la oficina, lo que tienes que hacer es poner distancia con esto. De qué sirve que estés comprándole flores a tu mujer si al mismo tiempo sigues tomando todos los días una cerveza con esta otra, si el problema lo tienes aquí.

Yo, que me estoy preparando para el sacerdocio, y ahora resulta que “esta catequista de la parroquia y yo somos uña y carne, y hay aquí una intimidad y una ternura, y una cercanía y una amistad; y ya me ha dejado claro varias veces que si algún día me saliese... Ella no tiene novio, y yo ahora que lo tengo todo perfectamente claro, ahora dos rosarios todos los días en lugar de uno”. Pues no, cambia de parroquia, o pon un poco de distancia. El problema es que alguno pone las soluciones donde no están los problemas, y esto es lo que hay que ayudar a la gente muchas veces a verlo: dónde están los problemas.

Todo esto serían como discernimientos de primera semana que hay que ayudar a acompañar, pero es mucho peor los discernimientos de segunda porque es entre el bien y el bien aparente. Esto es mucho peor, es en el fondo la tentación. La tentación la trampa que tiene es que te promete el cielo, la tentación no es “me siento tentado de hacer el mal”, no, lo tentador es muy atractivo, es muy goloso, es muy bueno, se nos va metiendo. La tentación es ese bien aparente que se nos va metiendo y que no te vas dando mucha cuenta, pero cuando te quieres dar cuenta ya la has liado. Lo peor es que muchas veces es muy razonable, las dinámicas que ocurren son muy razonables.

Yo estoy en una familia y me doy cuenta de que salimos poco con otra gente, está mal que un matrimonio esté demasiado replegado sobre sí mismo, entonces claro, de golpe el bien aparente es “tenemos que salir con otras parejas, con otra gente”, pero a lo mejor por el camino donde está la trampa es que estamos utilizando esto como una manera de no afrontar que cuando salimos solos ya no tenemos nada que decirnos. Entonces se va metiendo y lo que empieza como una cosa para evitar un problema al final se termina convirtiendo en que cuando no salimos con otra gente, no salimos.

Hay que ser cuidadosos cómo se nos cuelan las tentaciones en la vida, porque en ser capaces de detectar esto y de ponerle nombre nos jugamos el ser capaces de solucionar un montón de vidas. Pero la pregunta es –yo diría–: ¿va bien tu matrimonio? Dónde y cómo detectar las cosas, cuando va mal ya se ve, dónde están las tentaciones o las trampas. ¿Cuáles pueden ser las trampas que en fondo están enmascarando una crisis que no termina de llegar? Dice San Ignacio que hay tres maneras de descubrir los engaños, y es bien bonita.

Dice que la primera es entrar con el ánimo devota y acabar con sus intenciones claras. Muchas veces uno empieza las cosas de verdad, el punto de partida es muy razonable. Vuelvo al señor del gimnasio: el punto de partida es bueno, hace falta salud, hay que cuidarse, pero por el camino las intenciones últimas que van llegando. El mal se te va colando sin que te des del todo cuenta. ¿Habéis visto la película de “El señor de las moscas”?, es muy interesante el curso de unos personajes cómo va pasando de unas sociedad idílica en la que al principio todo está bien, a una sociedad en la que son capaces de matarse unos a otros; cómo han llegado hasta ahí, todo empezó muy bien. El problema no es el punto de partida, sino las cosas que van llegando dentro. Y para examinar esto el tema fundamental es: examina el curso de los pensamientos, cómo has llegado hasta ciertos lugares. Cuando tú te descubres pensando, por ejemplo, en engañar a tu mujer, ¿cómo llegaste hasta ahí?, porque seguro que al principio no estabas en esto.

Cuando yo era novicio y estaba en el mes de ejercicios, me acuerdo cuando yo entendí perfectamente qué era esto de seguir el curso de los pensamientos y ver cómo las cosas se nos van mezclando en la vida. Una vez estábamos haciendo los ejercicios de la segunda semana, la contemplación de la vida de Jesús, el Evangelio, y habíamos estado rezando sobre las bienaventuranzas, los pobres, el sermón de la montaña. Yo ya estaba convencido y pensando sobre mi futuro, ya me veía como jesuita trabajando en las favelas, trabajando con los pobres y tal. Entonces yo salí a correr y cuando salía de la casa de Villagarcía de Campos me acuerdo de salir por la escalera y en mi imaginación estaba en una favela rodeado de gente ayudando, haciendo, y eché a



correr. Cuando llevaba como 5 kilómetros de golpe me paré, alucinado cómo he llegado hasta aquí, porque en mi cabeza 5 kilómetros después yo estaba recibiendo el premio nobel de la paz, y ya ni pobres ni favela ni nada, ya era yo, los reyes de Suecia, una medalla, saludando, en los periódicos... ya era todo sobre mí. Yo había empezado con la mente más devota posible, con los pobres, con el servicio, y por el camino se me había ido colando el foco puesto sobre mí.

Esto es lo que ocurre muchísimas veces: el problema no es cómo empiezan las cosas, sino cómo por el camino se van torciendo. Muchísimas veces el problema no es el argumento primero que te dice la gente por el que empiezan a tomar ciertas decisiones, sino cómo ciertas decisiones se van entrapando. Eso es lo que hay que ayudar a la gente a desenvolver, a ir quitando.

Nos llevaría muy lejos hablar solo y mucho del discernimiento, pero quisiera decir una palabra sobre las heridas, sobre la integración de las heridas.

Sobre integrar las heridas, integrar es muchas cosas. Por una parte es ayudar a sanarlas si es posible, ayudar a sanarlas sabiendo que sanar las heridas no es volver a un estado anterior, sino que es que cicatricen. Las heridas dejan cicatrices y la vida hay que llevarla con cicatrices, en las relaciones, en las historias. Cuando alguien viene y dice “nada volverá a ser como antes”, no pasa nada; hay que decir “no te preocupes que nada es nunca como antes, en ninguna vida”. Si el objetivo que tienes es volver a lo de antes, cambia el objetivo porque eso no va a llegar. Integrar las heridas es trabajar para integrarlas y eso es trabajar en tres líneas:

Ayudar a trabajar el perdón, ayudar a trabajar la reconciliación. Muchas veces el gran problema es que la gente quiere resolver las cosas a base de razones, y llega un punto en que las razones no llegan a más. “Es que no puedo justificar lo que ha hecho”, es verdad, es que no lo puedes justificar, es que no tiene justificación. Si quieres una justificación, se acabó. La pregunta es “¿cabe el perdón o no cabe el perdón?”, esa es la pregunta, y eso a la gente le cuesta aprender. En ese sentido también hay un aprendizaje bonito, y es ayudar a distinguir a la gente entre perdón y reconciliación: el perdón es un primer paso y la reconciliación el segundo. El perdón se puede dar sin que haya reconciliación. El reto y ojalá —y para nosotros Dios estaba en el mundo, Jesús, reconciliando al mundo—, el reto muchas veces es ayudar a la gente a decir “perdona, pero además ¿cabe la posibilidad de seguir caminando juntos?”, esa es la reconciliación. Muchas veces el acompañamiento va en esta línea, dar a la gente la conciencia de que Dios perdona, Dios valora.

A veces integrar las heridas va a ser la capacidad de mostrar si hay vida después del fracaso. ¿Hay vida después del fracaso?, ¿hay vida creyente después del fracaso?, ¿hay acogida en la Iglesia después del fracaso?, y entramos en un terreno muy delicado, qué hacer si la herida termina llevando al fracaso. Yo ciertamente sobre el tema de la conciencia me dio muchísima claridad el año pasado cuando volvían del Sínodo los obispos, don Ricardo tuvo a bien en Valladolid un encuentro con la diócesis en el cual habló del Sínodo y de las luces del Sínodo. Hablando un poco del tema del acompañar las heridas y esto, tuvo unas palabras justo sobre la conciencia que para mí fueron muy clarificadoras. Dijo: mirad, lo que la gente no termina de entender –y esto es lo que el Sínodo ha puesto de relieve–, es que si la Ley estuviese clara y siempre para todos los casos, no haría falta la conciencia.

Demasiadas veces la realidad desborda los casos concretos porque la historia tiene tantos matices, tantas situaciones que no encajan en el molde, que si pretendemos aferrarnos a dónde está puesta la respuesta sobre esto, primero no la vamos a encontrar. Pero segundo, si hubiera algún sitio donde encontrarla, entonces no necesitaríamos la conciencia, lo que necesitaríamos es buena memoria para saber dónde decide la gente las cosas. Entonces hay muchas veces en las cuales lo que hay que ayudar es a la gente a poder visualizar en lo máximo posible todo lo que ha entrado en juego en su vida, y después tomar las decisiones más evangélicas que se puedan tomar.

Nosotros creo –esto daría para discutir–, que al final nuestro rol se acaba un paso antes de decirle a la gente lo que tiene que hacer. No somos nosotros –sobre todo en ciertos casos– los que tenemos que decirle a la gente lo que tiene que hacer. Tenemos que ayudarles a que tomen una decisión, hasta incluso si se equivocan, pero hay un punto de libertad, por supuesto podemos señalar cosas que veamos. Para eso lo que tenemos que hacer es proponer, en el caso de un fracaso, yo diría cuatro cosas que son importantes.

Si hay un fracaso primero tienes que ayudar a que la gente haga una lectura de su propia historia que la pueda reconciliar, en la medida que se pueda reconciliar. Vamos a poner el caso de un matrimonio que fracasa porque uno de los dos decide romper, no es la misma lectura la que tienen que hacer los dos. No es la misma lectura la que tiene que hacer alguien que ha roto una familia por su egoísmo, que la de alguien que se ha encontrado con su proyecto vital reventado, sin comerlo ni beberlo ni sin culpa, no es lo mismo. No es la misma la actitud ante el perdón de quien tiene que pedir perdón que el que tiene que ofrecerlo. Entonces, ayudar a hacer una lectura de la propia historia para que se pueda reconciliar.

Segundo, rescatar siempre porque yo creo que siempre la gente viene con la preocupación de “se ha roto algo que era parte de un proyecto cristiano”, creo que hay que rescatar siempre lo que sigue habiendo de cristiano en la vida de las personas, ya, ahora, por ejemplo el cuidado de los hijos. Puede haber un fracaso en la relación de pareja y sin embargo está en juego el “bueno, ¿qué vais a hacer con los hijos?, ¿convertirlos en arma arrojadiza, que es egoísmo puro, o vais a anteponerlos ante cualquier otra cosa?, ¿vais a tomar las decisiones en función de vuestras inquinas personales, de vuestros enfados?, porque eso sí que está en vuestra mano hacerlo ahora de una manera cristiana, creyente, evangélica, por su bien, o ser unos malos padres”. Esto hay que ayudar a la gente a ver. En mano de la gente, incluso en los momentos de los fracasos, sigue habiendo muchas decisiones que pueden tomar en clave cristiana o no tomarlas, hay que ayudar a verlo.

Tercero, hay que ayudar a la gente a hacer un proceso de sanación, lo decía antes al principio, nuestro acercamiento es como samaritanos, y si nos acercamos como samaritanos es siendo conscientes de que la persona que muchas veces se acerca con un problema, es herido al borde del camino, desnudo, golpeado, porque las circunstancias, la historia, los fracasos, los errores, le han llevado a sentirse ahora desvalido de la manera que sea. En ese contexto creo que deberíamos encontrar caminos que ayuden a la gente a sanar esas heridas, las que han quedado, de la manera que sea. En ese sentido hay toda una pastoral, hoy en día por ejemplo con divorciados, con familias rotas, que esa yo creo que debemos hacerla. No podemos dejar a la gente rota sola, sintiendo que tienen que buscarse la vida como gente de segunda.

Un último elemento, si el único discurso que hacemos es “el amor cristiano lo has dejado a la espalda” estamos matando a la gente. Hay un mensaje que hay que dar siempre: aunque a Dios lo dejemos atrás, Dios nos va a adelantar por el camino y nos va a seguir saliendo camino adelante. Yo creo que en ese sentido hay un mensaje que hay que darlo y es que el amor perfecto nunca lo vamos a vivir ninguno, el amor de Dios siempre va a ser asimétrico: Él nos va a amar más y mejor que nosotros a Él o que nosotros a la gente que tenemos, esto cualquiera. El que diga “yo amo perfectamente” miente, lo que habrá será diferencias en el cómo hacemos las cosas bien o cómo las hacemos mal, pero es el plantearle a la gente: tú tienes que tener delante de la vista un horizonte en el cual el tipo de amor que construyas sea lo más evangélico posible.

Por ejemplo, el ejemplo de El País que os ponía antes, la mentalidad de decir me divorcio tres veces o cuatro depende de lo que me toque vivir. Es muy distinta la mentalidad de una persona que ha tenido un fracaso en un matrimonio y ha empezado

otra relación. No es lo mismo estar viviendo con la mentalidad de “esto es mientras dure” que el decir “quiero que mi amor sea fiel, comprometido, generoso, etc.”, ese es el horizonte que hay.

Creo que nos vamos a encontrar con una cantidad enorme de situaciones muy complicadas, así que yo creo que lo que tenemos que hacer es ponernos en lo posible en manos de Dios, intentar ser lo más honestos posibles con las personas y ser generosos con nuestro tiempo.

#### TURNO DE PREGUNTAS, RESPUESTAS Y REFLEXIONES

*P. Una de las cosas que parece claro es que el tema del acompañamiento requiere tiempo, y yo creo que a veces la experiencia que vamos viendo es que el tiempo nos escasea, y que a veces las estructuras nos entretienen mucho, y entonces el poder sostener y poder acompañar estos procesos a veces nos resulta complejo. No sé si hay “tiritita” para esto o cómo lo afrontamos.*

R. Es verdad, es cierto. Yo a veces me siento súper incoherente hablando de estas cosas porque luego digo “estoy hablando como si yo fuera el mejor acompañante del mundo, y soy un desastre porque no hay tiempo, o por otras cosas”. Diría que hay dos cosas que intentar hacer, una más posible que la otra.

Una que sería deseable sería el poder priorizar ciertas cosas de la vida y poder quitar y tomar decisiones, pero a veces nos desborda y no está en nuestra mano y estamos haciendo ejercicios de malabares con un montón de bolas. Creo que el único camino que podemos tomar es que hay preparar a más gente para acompañar, eso sí se puede hacer. A lo mejor yo no puedo acompañar a mucha gente, pero a lo mejor puedo ayudar a tres o cuatro personas a que sean buenos acompañantes, que sea un efecto multiplicador. Desde otro ejemplo llevado al extremo: siempre decimos que los padres de los niños no tienen formación cristiana, cómo darles formación a los padres; pero es que luego dices que cuando la demandan no tenemos tiempo para dársela, porque esto requiere un tiempo. Nosotros estamos intentando hacer una escuela de formación de formadores de padres, esto suena multiplicante: si tienes cinco matrimonios que se preparen para a su vez para dar ellos la formación, llegas a 25. Esto habrá que ir haciéndolo, ir confiando más en más gente preparada, pero para esto es fundamental dar formación.

Yo soy muy machacón en darle el mensaje a la gente “no basta la catequesis de comunión para llevar una vida cristiana”, y mucha gente se conforma con eso, no vuelve a pisar una Iglesia y ya parece que lo sabe todo. Es como si quisiéramos hacer un puente con las matemáticas de primaria, a ver quién pasa por ese puente.

Nuestra mentalidad ya no tiene que ser el “somos nosotros lo que tenemos que hacerlo todo” porque no llegamos, no podemos, pero sí el decir vamos a confiar de verdad en que puede haber más gente preparada para estas cosas, y a lo mejor nuestro rol es compartir lo que somos y ayudar a prepararse a otros.

*P. Quizá estoy un poco contestado. El acompañamiento personal por un lado es lo que estamos tratando, pero luego es verdad que lo que se te pregunta un poco no es “oye ¿y tú acompañas a mucha gente?”, sino “¿cuántos grupos tienes en la parroquia?”*

R. Yo creo que muchas de las cosas que he dicho –no todas porque hay muchas que son muy personales y que además son muy individuales–, pero algunas de las cosas que he dicho sí se pueden acompañar en grupos. Por ejemplo la idea de detectar las heridas, de ver las cosas, esto sí se puede hacer en grupos, y además hay muchas formas de verlos. Yo creo que en ese sentido la pastoral tiene unas posibilidades enormes, y pongo dos ejemplos. Uno ya ha salido antes claramente, el tema de las películas, que parece mentira; yo en el despacho además de libros tengo películas y a veces a una pareja en lugar de libros le das una película y le dices “venga, la veis y la semana que viene hablamos de esto”; y son mucho más fieles a esto que si les das el libro, en parte porque es más fácil, dan para conversar, dan para ver. Y otro de los ejemplos con el que me encanta trabajar es con la música, con la música cristiana, con las canciones, con grupos de chavales y también con adultos. Hay canciones que la letra no se sostiene por ninguna parte, pero hay canciones que en dos versos, cuando repara la gente luego dices: esto que cantamos con tanta devoción, con tanta ilusión, esto ¿qué está diciendo de tu vida?

Hay caminos, lo grupal es verdad que a veces no supe todo pero ayuda.

Madrid, 17 de marzo de 2017